

BOLETIN
DEL
MUSEO PROVINCIAL
DE
BELLAS ARTES

Año V

Zaragoza, Abril de 1922

Núm. 7

HISTORIA DE UNAS EXCAVACIONES

Declaración previa del Presidente de la Real Academia de San Luis

El sábado, día 1.º del corriente Abril, recibí unas cuartillas escritas por D. Ricardo del Arco, Delegado regio de Bellas Artes de Huesca y Secretario de aquella Comisión de Monumentos.

Venían acompañadas de una carta, recomendando fueran leídas ante la Real Academia de San Luis. Nada dije a nadie, pensando mediar en la cuestión que se debatía y reducirla a los términos de cortesía en que deben tratarse estos asuntos.

Pero no hubo lugar a ello; las cuartillas, antes que a mí, le habían llegado al *Heraldo de Aragón*, que ya las había publicado aquella misma mañana. Miré los matallos y vi que llevaban la fecha del 31 de Marzo en Huesca; la carta llevaba la fecha del 30. El *Heraldo* la había recibido antes que el Presidente de la Academia.

Las cuartillas que, por cierto, hasta el día 2 de Abril no supe que habían sido publicadas, decían así:

Sobre unas excavaciones y sobre un hallazgo

En una Memoria leída ante esa Real Academia por el Dr. D. Vicente Bardaviu y Ponz, acerca de las excavaciones practicadas en la villa de Sena, fechada en Noviembre de 1921 y que se publica en el último número (el 6) del

BOLETÍN DEL MUSEO PROVINCIAL DE BELLAS ARTES, páginas 3 a 5; Memoria estimable, aparece una afirmación en menoscabo de mi probidad científica, y se atribuye su autor el descubrimiento de un *dolmen*, el día 9 de Noviembre de dicho año 1924, que había yo descubierto y fotografiado un año antes, o sea en Octubre de 1920, y del que había dado cuenta al Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, como probaré.

Por tratarse de asertos vertidos ante una Academia de la que soy Correspondiente, hechos públicos en el BOLETÍN y divulgados merced a éste y por la edición aparte que de su *Memoria* ha hecho el Sr. Bardaviu, me interesa aclarar esos extremos que afectan a mi modestísima reputación.

Dice el Sr. Bardaviu, en la página 12 del BOLETÍN, refiriéndose a la estación de *Las Valletas*: "Y creo oportuno consignar que de aquel informe publicado en nuestro BOLETÍN, se sirvió, sin mencionarlo, el Sr. del Arco, para escribir el artículo que remitió a la Academia de la Historia."

Alude a un "Informe" acerca de los hallazgos prehistóricos de Sena, suscrito por él, que ocupa *tres páginas* del BOLETÍN DEL MUSEO, núm. 4, correspondiente al año 1920. Cuando el Sr. Bardaviu redactó ese conciso *informe*, desconocía los poblados prehistóricos de Sena, y se limitó a examinar los objetos que envió al Museo D. Rafael Gúdel, Presbítero de aquella villa, obtenidos en unas investigaciones hechas en aquellos poblados, merced a una módica cantidad que entregara al Sr. Gúdel el Sr. Presidente de la Academia, y a establecer algunas deducciones, aprovechando las indicaciones del explorador Sr. Gúdel.

En Junio de aquel mismo año 1920, después que el Sr. Bardaviu publicó su escrito, había estado yo en Sena, y visitado casi todos los poblados en la grata compañía del Sr. Gúdel y del erudito abogado D. Manuel Nasarre, entrambos Correspondientes de esta ilustre Academia. Y como consecuencia de mis observaciones directas y de las referencias del Sr. Gúdel respecto a las estaciones que no pude visitar, redacté para la Real Academia de la Historia, como Correspondiente suyo que soy, no un *artículo*, como dice el Sr. Bardaviu, sino un informe de 17 páginas que publicó la docta Corporación en su BOLETÍN. Los Académicos enviamos o leemos ante las Academias no artículos (que eso es propio de periódicos) sino informes, cumpliendo un mandato reglamentario; y el BOLETÍN de la de la Historia no publica artículos sino informes, ya oficiales

ya generales, en estas sus dos secciones. Me guardaré de llamar *artículos* a los informes académicos del señor Bardaviu.

De este mi informe hice edición aparte, a la que me referiré.

Y dice el Sr. Bardaviu que para redactar éste me serví del suyo del año 1920, sin mencionarlo. Invito a los señores Académicos a que cotejen los dos informes y digan qué es lo que utilicé del del Sr. Bardaviu.

No quiero entrar a hacer la crítica de este sucinto informe ni aquilatar el valor de sus afirmaciones. Sólo diré que los objetos que describe no los asigna a los poblados respectivos y trata la materia globalmente y de una manera harto sumaria. El Sr. Bardaviu no había visto los poblados, y yo sí; y las mismas referencias que le diera el Sr. Gúdel, pude oírlas yo de sus labios en Sena; como digo en mi informe. ¿Qué falta me hacía el trabajo del Sr. Bardaviu, referido a *impresiones* ante los objetos enviados por el Sr. Gúdel? ¿Qué necesidad tenía de su informe, aunque hubiese sido de gran valor, si no juzgaba por observación de los yacimientos, que yo había visto? ¿Cómo iba a aprovechar sus referencias, si las que necesitaba me las dió en su casa de Sena el Sr. Gúdel en los días que en ella permaneci, muy gentilmente acogido?

En Noviembre de 1921, se vió forzado (¡claro está!) el Sr. Bardaviu, para poder seguir hablando de los nuevos envíos de objetos, a recorrer los poblados de Sena, como yo hiciera más de un año antes. Y a consecuencia de esa visita, redactó su nuevo informe, ilustrado con fotografías del Sr. Gúdel que yo poseía tiempo há. Y ¡cosa singular! después de esa visita ha datado en su informe los poblados tal como lo había yo hecho en el mío. Antes había dicho (pág. 31) que los sílex enviados pertenecían al *paleolítico superior*, acaso al tipo *magdalenense*, ya que *los núcleos de sílex son de lo más característico de esta época*. Yo en mi informe los clasifiqué como neolíticos y eneolíticos; y ahora el Sr. Bardaviu no juzga ninguno de aquellos sílex *paleolíticos*. ¡Naturalmente, como que en Sena no hay nada *paleolítico*!

Lo único que yo disputé tal, por referencia del Sr. Gúdel, fué un hacha discoidal encontrada en *Las Valletas*, que no vi porque ya estaba en Zaragoza; aclarando en nota (página 9 de mi informe) la razón de la posibilidad de su

paleolitismo, por la sospecha de un nivel inferior de aquel período.

El Sr. Bardaviu calificó (sin verlo) el poblado de *Las Valletas*, de "emplazamiento terrestre de villa neolítica", sin más; yo en mi informe decía después (pág. 11): "Puede, por tanto, tratarse de un poblado *eneolítico*, o acaso de la Edad del Bronce propiamente dicha; si bien la mayor parte de la cerámica... es todavía de tipo y factura neolíticos, cosa explicable"... etc. Y el Sr. Bardaviu ahora dice que se trata de "un emplazamiento terrestre de villa neolítica en su último período, o sea en el *eneolítico*". La palabra *eneolítico* no apareció ni por asomo en su primer informe. Ahora, sí. Otra prueba: en mi informe (pág. 4) afirmaba yo que el poblado de Cajal correspondía al *eneolítico inicial*; y en el suyo último el Sr. Bardaviu (pág. 5) dice que sus caracteres señalan la *época eneolítica*.

¿A qué seguir? Todo ello, en verdad, no tiene importancia cuando se escribe con el solo fin de depurar y aportar datos al acervo científico; y *de sabios es mudar de opinión*, como suele decirse. Pero según el criterio del señor Bardaviu, podría yo afirmar (como él afirma) que se ha servido de mi informe, publicado en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*, para redactar el suyo reciente, *sin mencionarlo*.

Y vayamos a lo del *dolmen*.

En Octubre del mismo año 1920 volví a Sena y practiqué nuevas exploraciones en unión de los señores Gúdel, Nasarre y Garnica. Presencié en el poblado de *Las Valletas* cómo el Sr. Gúdel desenterraba unos fragmentos de curiosa cerámica de la Edad del Bronce, y marchamos de investigación al monte denominado Cajal, propiedad del señor Garnica, con su dueño; yo pertrechado con mi máquina fotográfica. En aquella correría di, con la natural satisfacción, con un *dolmen* entero, el primero que se encontraba en la provincia: la cámara sobre túmulo, y muy cercano, con otro derribado; advirtiendo del hallazgo y de las circunstancias por las cuales se trataba de un *dolmen*, a los señores Gúdel y Nasarre que me acompañaban en aquel instante. Inmediatamente obtuve de aquél una fotografía, cuya prueba acompaño. Sin herramientas y sin tiempo para realizar la exploración, pedí autorización al dueño Sr. Garnica para que permitiera más adelante al Sr. Gúdel hacerla. Mis compañeros de expedición podrán atestiguar mis asertos.

En efecto: el Sr. Güdel hizo la exploración, y en carta fecha 29 de Octubre de aquel año, que tengo a la vista, me decía:

"El martes fuimos a descubrir el dolmen. Marcos picó más de un metro de profundidad y no salió nada. Al principio salía la tierra como cenizas, algún carbón, y después la tierra dura y luego piedras a la profundidad dicha; y en vista de que no salía nada, lo dejamos..."

"Saqué una fotografía del dolmen, que no he tenido tiempo de revelar. De lo que no me acordé hasta que llegué allí, fué del metro para las medidas que V. me pedía; pero si le convienen volveré otro día y se las mandaré."

Encargado por el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, por R. O. de 1.º de Agosto de aquel año, de formar el Catálogo monumental de la provincia de Huesca, en Noviembre incluí en los trabajos realizados durante el mes y remití a la Comisión mixta de académicos, conforme a las disposiciones que regulan tal labor de catalogación, la noticia de ese dolmen, con la fotografía, que obluve, diciendo:

"En estos poblados de Cajal descubrí, en Octubre de 1920, un dolmen bien característico. Sobre un túmulo aparecen los enormes bloques que constituyen la cámara, ésta en su interior de forma rectangular. La cubierta la constituyen dos megalitos. Los que cubrían la entrada estaban derribados, denotando que había sido explorado el dolmen. En efecto: excavado, solamente han aparecido cenizas y algún resto de osamenta. Seguramente los objetos fueron esparcidos por allí, en vista de su nulo valor. Así se explica que por los alrededores, y a flor de tierra, se haya encontrado una punta de flecha, de sílex, finamente tallada, del tipo avanzado de la Edad del Bronce, con pedúnculo y barbas; dos agujas de bronce, una punta de flecha, de bronce, con pedúnculo y barbas; granos de collar y un acito de bronce. Asimismo, sin practicar excavaciones, han aparecido puntas, lascas dentadas, raederas y muy finos cuchillitos con reloques, para conseguir dos filos, de sílex; y bastantes microlitos entre los que abundan las lascas dentadas, o sierras. Próximo a aquel dolmen descubrí otro, asimismo sobre túmulo, si bien no tan bien conservado, pues está medio derruido."

En Junio de 1921, y en la Academia de la Historia, referí mi hallazgo del tal monumento megalítico a los especialistas D. Hugo Obermaier y D. Cayetano de Mergelina.

Véase, pues, quién descubrió ese dolmen; quién lo fotografió; quién lo incluyó en el Catálogo arqueológico de la provincia de Huesca, trabajo oficial con destino al Ministerio, donde se conserva, y quién encargó su exploración, realizada; y véase en la pág. 6 del reciente informe del Sr. Bardaviu cómo este señor da como descubierto por él el referido dolmen; advirtiéndole que en la excursión iba acompañado por el Sr. Güdel, que un año antes me acompañó a mí por los mismos parajes, según he manifestado. Dice: "Subiendo por unos campos de labor, a distancia de un kilómetro de Pueblo Viejo, llegamos al emplazamiento de un dolmen, formado por diferentes piezas megalíticas de arenisca, coronadas por una mole de la misma naturaleza, que cubre el hueco en el cual debe hallarse la cámara sepulcral. El montículo, formado por la aglomeración de piedras, mampostería y tierra, alcanza una altura, aproximadamente, de cuatro metros, y la base, poco más de cinco. Se han dado instrucciones necesarias para su exploración, para cuyos trabajos cuenta el Sr. Güdel con tres laboriosos, expertos y honrados trabajadores: Julio Ghesa Aznárez, Marcos Ortigas Villas y José Mombiola."

¡Y el dolmen había sido ya explorado, con resultado negativo, precisamente por ese obrero Marcos Ortigas, a las órdenes del Sr. Güdel, un año antes por encargo mío!

Acompaña el Sr. Bardaviu a sus transcritas líneas, una lámina con la fotografía del dolmen obtenida por el señor Güdel con posterioridad a la que yo obtuve y a la que se refiere en la alegada carta que me envió.

¿Qué comentarios haré a todo esto? No quiero hacer ninguno.

¿Es posible que, dadas las circunstancias referidas, ignorase mi hallazgo el Sr. Bardaviu? La consideración que tan estudioso sacerdote me merece, me hace creer que sí. ¿Pero lo ignoraba su acompañante Sr. Güdel?

No es que yo quiera vanagloriarme del descubrimiento... pero la verdad ante todo.

Huesca, 28 de Marzo de 1922.—RICARDO DEL ARCO,
Correspondiente.

Contestación de D. Vicente Bardaviu

al artículo de D. Ricardo del Arco, "Sobre unas excavaciones y sobre un hallazgo", publicado el día 1 de Abril de los corrientes, en "Heraldo de Aragón".

La Memoria leída en esta Real Academia de San Luis de Zaragoza acerca de las excavaciones de Sena, escrita por mi humilde persona en cumplimiento del honoroso encargo recibido de la Corporación, impresa en el número 6.º del BOLETÍN DEL MUSEO, ha motivado la publicación de un artículo en *Heraldo de Aragón* titulado "Sobre unas excavaciones y un hallazgo", escrito por D. Ricardo del Arco, nuestro Correspondiente en Huesca, que juzga ha sufrido menoscabo su probidad científica por una afirmación mía contenida en dicho escrito; y además dice me he atribuido un descubrimiento, que a él sólo pertenece.

Ni la respetabilidad de la Real Academia, ni mi carácter sacerdotal me permiten llevar estas cuestiones a las columnas de un periódico; por eso presento ante tan ilustrados consocios las razones pertinentes; para que juzguen si he correspondido o no a la confianza que me otorgaron, tanto al encargarme la redacción de la Memoria, cuanto al concederle la honra de hacerla aparecer en el BOLETÍN.

La Academia dispondrá lo que procede hacer: yo, a su recto juicio y para mí inapelable fallo me someto.

I

Antecedentes.—Ante todo he de manifestar al Sr. del Arco mi gratitud, tanto por haber merecido que se ocupara de mis modestos trabajos, como por la moderación con que me trata en su artículo, a pesar de haber creído menoscabada su probidad científica por una afirmación mía: yo declaro que no ha sido tal mi intención y proclamo que su probidad científica está sentada sobre una sólida reputación.

Dos son los puntos principales tratados en el artículo en cuestión:

1.º Dice: En la página 42 del número 6.º de la Academia de Bellas Artes de San Luis, refiriéndome a la estación de *Las Valtetas*, escribo yo, el señor Bardaviu: "Creo oportuno consignar, que de aquel informe publicado en nuestro BOLETÍN, se sirvió, sin mencionarlo el señor del

Arco, para escribir el artículo, que remitió a la Real Academia de la Historia."

2.º Dice: Que me atribuyo en la Memoria el descubrimiento de un *dolmen* en el día 9 de Noviembre de 1921, que él había descubierto y fotografiado un año antes.

Contestación al primer punto.—Dice el señor del Arco, que no se sirvió de mi primer informe publicado en el número 4.º del *Boletín del Museo* para escribir el suyo, remitido a la Real Academia de la Historia. Puesto que él lo afirma, lo admito fiado en su palabra; únicamente me permitiré apuntar los motivos que me movieron a lanzar la afirmación contraria, si no para justificar mi falta, al menos para atenuarla.

Publicóse en el año 1920 el número 4.º del *Boletín del Museo*, en el cual se imprimieron las cuartillas mías relativas a los objetos prehistóricos remitidos de Sena; inmediatamente, o poco después, el Sr. del Arco, se encaminó a dicha localidad; el bondadoso D. Rafael Gúdel, con su proverbial hospitalidad y cariño, acogióle en su casa, le abrió las puertas de par en par para que se enterara de todos sus hallazgos, le acompañó a todas partes y le explicó cuánto sabía y cuánto había remitido a nuestro Museo. ¿Es temerario afirmar que el informe del *Boletín* le dió a conocer la existencia de los yacimientos? En tal caso ¿esto no es servirse del mismo para escribir su artículo?

Vió todo lo que había en Sena, pero además recibió impresiones de objetos que no estaban allí, sino en el Museo; de alguno, él mismo lo confirma en su artículo; el señor del Arco, cita y clasifica algunos de éstos en el artículo o Memoria suya; ahora bien, no habiéndolos visto, porque el Museo no los había expuesto al público todavía; no pudiéndoselos explicar el señor Gúdel, porque no conocía su alcance y significación; constando tales datos en mi informe ¿es temerario juzgar que el referido señor los tomó ya directamente, ya por referencia del señor Gúdel, del mismo informe y, por consiguiente, siquiera fuese en cantidad insignificante, que se había servido de mi modesto trabajo?

Esto lo hacemos la mayor parte de los escritores, sin que nadie, por eso, se crea rebajado en su probidad científica. Comprendo, además, que la pequeñez de mi persona, la falta de nombre científico mío, dispensaran al señor del Arco de hacerme el honor de consignar mi nombre en su interesante producción; estaba justificado. Pero detrás

de mí se encuentra la Real Academia de San Luis de Zaragoza (en cuya representación trabajamos el señor Gúdel y el que esto escribe), que aun cuando módicamente paga las excavaciones y que, por lo tanto, proporcionó al señor del Arco la ocasión de manifestar una vez más sus conocimientos de Prehistoria; y el silencio en esto, en manera alguna lo puedo justificar. Porque el mencionar a una ilustre Corporación, a la cual, siquiera sea como Correspondiente, se pertenece, ya no rebaja a nadie. Y si he de hablar con sencillez, de la Academia me acordaba, y no de mí mismo, cuando consigné en mi informe la afirmación que ha motivado estas réplicas; y después de dar satisfacciones al señor del Arco, confieso mi complacencia al haber conseguido que todas estas cosas salgan a la luz.

En todas las partes, pero más principalmente en el extranjero, en donde con mayor intensidad se cultiva la Prehistoria, se sigue la práctica, entre los hombres de Ciencia, de no intervenir en el estudio de localidades en las que un individuo, y más aún, una Corporación, está practicando trabajos, a no ser de acuerdo y con el asentimiento del primer explorador; es el derecho del *Primi capientis*.

A este propósito he de referir, que hace un par de años, o poco más, estuvieron en mi casa, con el fin de visitar mis colecciones, los señores Obermaier y Vernert, verdaderas eminencias, y puede decirse, los maestros que nos han enseñado una buena parte de estos nuestros conocimientos arqueológicos. Partían para Alcañiz para ver las célebres pinturas rupestres de la Val del Charco de Agua Amarga. Indiquéles la existencia de algunos yacimientos por mí descubiertos y estudiados en aquella localidad y la complacencia que recibiría si los visitaban y estudiaban. Contestaron: "No es correcto trabajar en las localidades en las que otros trabajan; está usted haciendo allí sus estudios; con esto basta".

D. Rafael Gúdel, Beneficiado de Sena, comunicó al Excmo. Sr. Presidente de la Academia de San Luis de Zaragoza, la existencia de determinados yacimientos, ofreciendo su persona y sus esfuerzos generosos a la Corporación, si ésta determinaba proporcionarle medios económicos, siquiera fueran modestos, para practicar excavaciones.

Se aceptó con entusiasmo el ofrecimiento; el Sr. Presidente mencionado dió instrucciones al Sr. Gúdel; le proporcionó libros y algún dinero, y desde aquel momento comenzaron las excavaciones de Sena, que fueron oficial-

mente practicadas bajo la dirección y con el auxilio de la Real Academia de San Luis, aun cuando la Real orden de concesión tardó un poco más a publicarse.

El Sr. Gúdel, con una generosidad enconiable, fué remitiendo, primeramente, los objetos de superficie que él había reunido, lo mismo de las proximidades que de las partes apartadas del término de Sena; luego, los hallazgos de las incipientes excavaciones y pronto, muy pronto, llegó a constituirse un depósito interesante, que reclamaba urgentemente su clasificación.

Yo entonces era, tan sólo, socio correspondiente de la Academia; pero luego tuvo ésta la bondad de otorgarme el inmerecido honor de ser elevado a la categoría de Académico de número. Todavía no pasaba de la condición de electo, cuando se me dió el encargo de estudiar los objetos remitidos de Sena, entiéndase bien, los objetos, no los yacimientos. Según mi corto conocimiento, pero con lealtad y buena fe, clasifiqué los objetos y di cuenta a la Academia en un breve y modesto informe, aunque muy suficiente para las exigencias del momento; fué unánimemente aceptado por la Corporación y se propuso publicarlo en el primer número del BOLETÍN DEL MUSSE, y, en efecto, allí apareció unos meses después.

Dejemos hablar al Sr. del Arco en su artículo de *Heraldo de Aragón*, que dice:

"En Junio del mismo año 1920, después que el Sr. Bardaviu publicó su escrito, había estado yo en Sena y visitado casi todos los poblados en la grata compañía del Sr. Gúdel y del erudito abogado D. Manuel Nasarre, entrambos Correspondientes, como yo, de dicha Academia; y como consecuencia de mis observaciones directas y de las referencias del Sr. Gúdel respecto a las estaciones, que no pude visitar, redacté para la Real Academia de la Historia, como Correspondiente suyo que soy, no un artículo, como dice el Sr. Bardaviu, sino un informe..."

Hasta aquí el Sr. del Arco en el artículo de *Heraldo de Aragón*; y pregunto: ¿Habida razón de lo expuesto, el Correspondiente de la Academia de San Luis de Zaragoza Sr. del Arco, tenía derecho a dar cuenta en la forma que lo hizo a la Real Academia de la Historia, de descubrimientos, que no eran suyos, sin autorización del verdadero propietario? Aun cuando le concediéramos ese derecho, hubiera sido correcto el ejercicio del mismo?

Según el concepto que tengo formado de la *probidad*

científica invocada, yo jamás lo hubiera hecho. Por eso pude calificar de *artículo*, aunque no lo hice, lo que debiera ser *Memoria* o *Informe* en circunstancias normales y correctas. Agradezco, sin embargo, a su autor, la lección de Retórica que me da; siempre hay algo que aprender, aun cuando uno haya explicado en respetabilísimos Centros de Enseñanza, durante más de doce años, Literatura Preceptiva.

Sobre este punto, réstame decir lo que calla el Sr. del Arco en su artículo, pero que yo sé por testimonio verbal y escrito del benemérito D. Rafael Güdel. Este señor me repite en carta referente al primer viaje del Sr. del Arco a Sena que tengo a la vista y fecha 3 de Abril del corriente, lo que sigue:

"Después de cenar, el Sr. del Arco, sacó el BOLETÍN DEL MUSEO, donde estaba la información de V.; allí vi algunas rayas y llamadas con lápiz y me iba preguntando; y con mucha razón dice V. en su magnífica y bien escrita Memoria, que se valió de su Informe para escribir el artículo en Madrid." Más adelante añade: "Y referente al Informe de V. o sea al primero de *Las Valletas* ¿a qué fin vino a Sena con el BOLETÍN, en el que vi notas y llamadas, sino para orientarse y valerse de lo que V., sin haber visto (como él dice), supo describir tan admirablemente del yacimiento de *Las Valletas*? Luego del BOLETÍN que publicó su Información, se valió para escribir él *Nuevos poblados neolíticos* que publicó."

Sobre este punto no me resta más que hacer, sino una humilde apelación a mis lectores cultos e imparciales para que dictaminen, si las palabras que han desagradado al Sr. del Arco, ya que no estén del todo *justificadas*, sean, al menos, explicables.

II

EL DOLMEN

Dos son las inexactitudes que me atribuye el Sr. del Arco en lo referente al *Dolmen* de Sena. Dice en su artículo, "que yo, en mi Memoria última, me atribuyó el descubrimiento de un *Dolmen* el día 9 de Noviembre de 1921, que había descubierto el Sr. del Arco y fotografiado un año antes, o sea en Octubre de 1920."

Añade en el mismo artículo: que el *Dolmen* ha sido explorado, con resultado negativo, un año antes de mi visita al mismo, y hace resaltar mi candidez, en este caso,

toda vez que yo digo en mi Memoria: "se han dado instrucciones necesarias para su exploración." Procedamos con orden:

A) *Dice el Sr. del Arco que me apropio el descubrimiento del Dolmen.*—Si todos los lectores del artículo de *Heraldo de Aragón* hubieran leído mi Memoria, publicada en el número 6.º del *BOLETÍN DEL MUSEO*, holgaba todo comentario por mi parte acerca de este extremo. Sólo la ofuscación puede atribuirme semejante inexactitud, pues leyendo serena y desapasionadamente mi trabajo, todo el mundo ve que yo voy describiendo una por una todas las estaciones vistas en Sena, descubiertas previamente, y a las que me conduce su principal y casi exclusivo inventor, el tantas veces mencionado Sr. Gúdel.

Aparte de que mi amor a la justicia me impide coronarme con flores de ajeno jardín, hubiera sido un solemne mentecato si me hubiese atrevido a presentar a la Real Academia de San Luis, como propios descubrimientos, los que ya había comunicado anteriormente a la Corporación el referido socio Correspondiente, con el cual se mantiene constante correspondencia y que diligentemente comunica todo nuevo hallazgo, produciendo siempre sus cartas unánime complacencia.

Y sube de punto la gravedad del caso, en lo referente al *Dolmen*, pues estaban expuestas en el Museo sus fotografías, remitidas por D. Rafael, desde hacía próximamente un año.

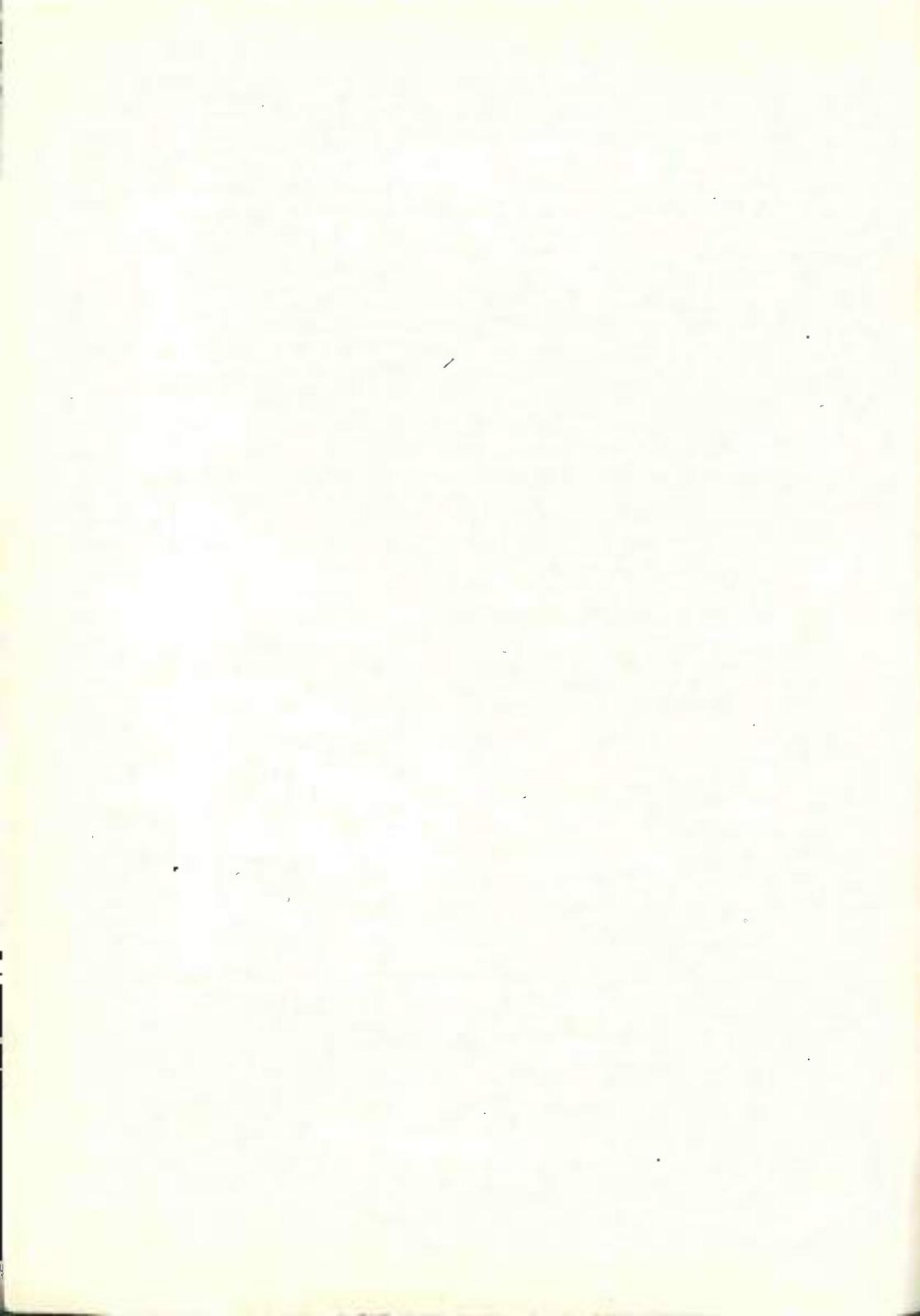
Cándido soy, pero creo no convencerá a nadie el señor del Arco, de que llegue a tal extremo mi candidez, que sea capaz de intentar hacer pasar como propia mía, una gloria tan palmoriamente ajena a mi pertenencia.

B) *Verdadero descubridor del Dolmen.*—El Sr. del Arco dice, que él lo descubrió en Octubre de 1920. Por mi parte no tengo nada que oponer a esta afirmación. Voy a conceder el uso de la palabra al Sr. Gúdel que, en la carta anteriormente citada, repite lo que ya verbalmente me había comunicado, en la forma siguiente:

1501 "Como digo, fuimos un día a Cajal, acompañándonos
1502 los señores Garnica y Nasarre; fuimos recorriendo el monte
1503 mucho más fleprisa que V., y cuando llegamos al *Dolmen*,
1504 que antes que él, lo habíamos visto; muchos días antes lo
1505 habíamos visto el Sr. Nasarre y yo también, dijo: aquí te-
1506 nemos un *Dolmen*; le dijimos nosotros, que tal vez no fuera,



COLUMNA DE SENA TOTAL.
F. y G. aff. de L. Bufuel 2. 4. 10.



y él dijo que sí; y sacó una fotografía con una máquina de 9×12 que llevaba de su propiedad."

Hasta aquí el Sr. Gúdel. Yo, que conozco el terreno y el emplazamiento del monumento megalítico, puedo añadir que no es paso para ningún otro sitio, que cae muy distante y fuera de camino; que allí no se puede llegar sino guiado y conducido por quien lo conoce de antemano, con el fin determinado de enseñarlo; esto es lo que conmigo se hizo y fué también, indudablemente, lo acontecido al Sr. del Arco.

Ahora bien, que la falta de preparación científica hiciera vacilar en sus juicios a los inventores y que esta duda la disipara el *Profesional*, es más que razonable. ¿Pero es este motivo suficiente para proclamarse descubridor?

Veamos lo que opina el Sr. Gúdel. Continúo copiando su carta:

"En cuanto al *Dolmen*, le concedemos la primogenitura en fotografiarlo, pero no en descubrirlo; porque antes que él, mucho antes que el Sr. Castejón me lo presentara, ya lo habíamos visto el Sr. Nasarre y yo... Debo notar, que dicho señor me pidió que, ni diese fotografía del Dolmen al señor Presidente, ni dijera nada; pero ya ven ustedes que yo ninguna obligación ni necesidad tenía de darle este gusto."

El discreto lector juzgará según su leal rectitud; el juicio propio me lo reservo. Y pasemos a otro punto.

C) *¿Está explorado el Dolmen?*—El Sr. del Arco dice que sí; yo dije que no. Veamos si podemos ponernos de acuerdo.

La especie de camarilla superior, que aparece abierta en el fotografiado, presenta la abertura hacia el nordeste, y los pastores y labradores del contorno, según testimonio de las cinco personas que me acompañaban, aprovechan siempre la buena disposición de la misma, tanto para conservar frescos el agua y el vino en el verano, como para encender el fuego en que guisar sus frugales alimentos. Esta última función acumuló en el transcurso de los años un detritus de cenizas, restos de combustión y despojos de alimentos revueltos con tierra, que fácilmente pudo confundirse con los restos de la cremación, si hubiera existido (yo no lo creo posible), del cadáver sobre cuya tumba se erigiera el monumento megalítico.

El Sr. Gúdel, según me dijo, excavó sobre poco más de sesenta centímetros de profundidad bajo el nivel del suelo

de la camarilla, en una extensión de medio metro en cuadro. Esto es todo lo hecho, según el testimonio del ejecutor, y así apareció ante mi vista al observarlo cuando lo visité.

Yo entiendo que esto no es explorar un monumento de tal importancia; juzgo necesario hacer dos zanjas en cruz, de parte a parte, comenzando en los bordes del montículo que sostiene los megalitos y a la profundidad de la base; operación que exige gran competencia y que ofrece serios cuidados, reclamando personal apto, tanto para no ocasionar la ruina del monumento, como para evitar el riesgo a los operarios. Estas son las instrucciones que di, aludidas en mi Memoria, a los acompañantes, las cuales instrucciones han causado asombro al Sr. del Arco.

¿Quiere esto decir que no resultarán estériles tales investigaciones? Nada de eso. Puede estar violada la cámara inferior desde hace mucho tiempo; pueden ser completamente negativos todos los resultados; pero yo, respetando ajenas opiniones, sigo creyendo que el somero y superficial registro practicado por el Sr. Gúdel no es suficiente para asegurar que el *Dolmen* está explorado con resultado negativo.

El mismo Sr. Gúdel, al escuchar sobre el terreno mis observaciones, formó la misma opinión y la sustenta en la actualidad. Veamos lo que dice en carta escrita después de leer el artículo del Sr. del Arco:

"No empecé la excavación por el lado que debía y por lo tanto debe estar sin descubrir, y como V. ha visto cómo está, puede decir, sin que nadie le contradiga, que está sin explorar, aunque ha habido intentos de explorarlo."

Y nada más sobre este punto.

III

Examen de otras afirmaciones contenidas en el artículo de "Heraldo de Aragón."

A)—¿He modificado las conclusiones de mi primer Informe?—Así lo afirma el Sr. del Arco, y dice: "De sabios es mudar de opinión". Replicole que no ha debido leer bien mis dos mencionados escritos; pues de lo contrario, no sentaría tal afirmación.

No he tenido que modificar en el segundo trabajo ninguno de los juicios emitidos en el primero, a pesar de que, como repetidas veces indicaba en el primero, no podía dar

un absoluto valor científico a mis opiniones, por no haber visitado la localidad. Y nada hubiera tenido de extraño que, al estudiar los yacimientos con detención, hubieran resultado erróneas las primeras apreciaciones.

Los juicios no se han modificado; se han completado, y esto, tampoco, respecto de los objetos examinados y descritos en el informe, sino tan sólo respecto de los yacimientos, que fueron los estudiados directamente y después clasificados y descritos en la segunda Memoria. Yo mismo me asombraba del acierto y clarividencia alcanzados en la primera investigación; y lo consigno, no en alabanza propia, sino para hacer resaltar la inteligencia y disposiciones nada vulgares del Sr. Gúdel, el cual, sin preparación científica ninguna, tuvo la habilidad de transmitir con tanta exactitud sus observaciones y descubrimientos.

Es esta ocasión oportuna para consignar el motivo que me llevó a Sena en el pasado Noviembre, no forzado por necesidad alguna, ni por el afán de exhibición, sino comisionado por la Real Academia de San Luis de Zaragoza, que me rogó fuera a estudiar las excavaciones, por su cuenta practicadas, y con la concesión de Real orden otorgada a su favor, a fin de redactar la Memoria que la Junta Superior de Excavaciones exige a los concesionarios.

Estuve en Sena, disfruté maravillosamente de la hospitalidad y ameno trato del Sr. Gúdel; estudié con la detención que permitían la premura y la inclemencia del tiempo todo lo actuado y lo que se podía hacer; tomé mis notas y redacté la Memoria. La Academia la escuchó complacida, por aclamación la aprobó; es más, la hizo propia, la publicó en su BOLETÍN, y variando la redacción de algunas cláusulas, la remitió a la Junta Central de Excavaciones.

Por no hacerme pesado, prescindo de detallar los puntos concretos del artículo de *Heraldo de Aragón*. Sólo diré: que mal podía hablar de *eneolítico* al estudiar en el primer Informe los hallazgos, cuando ningún objeto de metal se me había presentado. Los que andamos a vueltas con el pico y con la pala, aguantando el sol en verano y el frío en invierno, harto conocemos lo difícil que es distinguir y clasificar un yacimiento, hasta que no se tienen todos los elementos de juicio indispensables; aun los más despiertos tienen muchas veces que modificar sus conclusiones.

B) *En Sena no hay paleolítico, según el Sr. del Arco.*—

Cuando él lo dice, tal vez sea cierto; pero lo que no puedo aceptar son las afirmaciones consignadas en su artículo, con no menos confusión que inexactitud. Voy a copiar el párrafo que hace referencia a esta materia:

“...Antes había dicho (pág. 31 de su Informe) que los sílex enviados pertenecían al *paleolítico superior*, acaso al tipo *Magdalenense*, ya que los núcleos del sílex son de lo más característico de la época. Yo, en mi Informe, los clasifiqué como *neolíticos* y *eneolíticos*; y ahora el Sr. Bardavin no juzga ninguno de aquellos sílex *paleolíticos*; ¡naturalmente! como que en Sena no hay nada *paleolítico*.”

Hasta aquí el Sr. del Arco. Veamos el fundamento de sus afirmaciones. En mi primer Informe, en la página 31, al hacer la clasificación de los objetos, se señalan con el número 1.º todos los sílex *paleolíticos* de superficie, haciendo constar su dura pátina aporcelanada, reunidos por el Sr. Gúdel antes de comenzar las excavaciones, procedentes en su mayor parte del Monte Alto de Sena, los cuales, ni sé si ha visto alguno—todos seguramente que no—el Sr. del Arco, y que ninguno de ellos pertenece a los yacimientos que él y yo hemos visitado. Si no los conoce, ¿cómo los ha podido clasificar discretamente de *neolíticos* y *eneolíticos*? Y si los conoce... peor que peor.

Para que se vea la inexactitud tan grande que se comete al hacerme decir en la segunda Memoria “que yo juzgo que en Sena no hay *paleolítico*”, después de haber dicho lo contrario en el primer Informe, tómense mis lectores la molestia de leerla y verán que en la página 15 se dice:

“Finalmente, he de advertir; que todo el material no apuntado en este informe, ya de carácter neolítico, ya paleolítico, incluso la lasca del pez, no procede de excavaciones, sino de exploraciones de superficie practicadas en el Monte Alto distante de Sena cinco leguas.”

No acierto a comprender cómo dice esas cosas el señor del Arco; seguramente no ha leído con calma, ni comparado con atención mis dos trabajos. Por otra parte, una región en la que aparece la hermosísima lasca del pez publicada anteriormente en una Memoria mía y reproducida en este número del *Boterix*, la cual constituye por sí sola un verdadero tesoro arqueológico, que guarda el Museo con orgullo y, además, con reconocimiento al Sr. Gúdel, que la proporcionó, necesariamente debió estar habitada por una raza, mejor dicho, población *Magdalenense* laboriosa, muy artista y de gran densidad. Esto, además, lo

confirma la inmensa cantidad de útiles de su industria esparcidos por la superficie en diferentes puntos del término municipal, de los cuales, como apunté en el párrafo citado del primer Informe, se guardan algunos en el Museo.

C) *Unas preguntas al Sr. del Arco.*—Yo he leído un ejemplar del número correspondiente al día 26 de Mayo del año 1920, del "Diario de Huesca", en el cual hay un artículo escrito por el Sr. del Arco, que trata de los objetos prehistóricos de Sena:

¿Por qué no lo menciona en el artículo recientemente publicado en *Heraldo de Aragón*?

¿Por qué no dice una palabra del primer viaje suyo a Sena, en unión del Sr. Castejón, seis días antes?

¿De dónde tomó las notas para publicar el referido artículo?

¿Por qué no dice que dicho artículo lo remitió a la Real Academia de la Historia y ésta, en su Boletín del mes de Junio de 1920, cuaderno 6.º, lo comentó con aplauso y extrajo las noticias que daba de los objetos hallados en Sena?

¿Fue acaso para que sus lectores no acudieran a esta publicación para estudiar el parentesco existente entre el artículo del "Diario de Huesca" y el primer Informe del Sr. Bardaviu, publicado con anterioridad, ya que es tan difícil conservar un número de un periódico, mientras que los Boletines de la Real Academia de la Historia se encuadernan?

¿Tendrá alguna relación este artículo con el que el señor Bardaviu cita en su última Memoria y cuya cita ha motivado toda esta larguísima contestación?

CONCLUSIÓN

He terminado; pero antes de dejar la pluma quiero consignar lo siguiente: D. Ricardo del Arco, Delegado regio encargado de velar por la conservación de los monumentos y antigüedades de la Provincia de Huesca, tiene, es cierto, determinadas atribuciones, que es justo reclame para sí y las ejerza, como lo hace, con laudable y reconocida diligencia. Pero cuando hay una Real orden de por medio, concedida a esta Corporación, a la cual pertenece como Correspondiente dicho señor, puede éste descansar tranquilo, que no falta a su deber absteniéndose de toda intervención en los límites asignados a la Corporación concesionaria; tanto más, cuanto que la Ley entrega su repre-

sentación a los Delegados regios para el bien de las Artes y las Ciencias, no para que sean un obstáculo a su progreso y difusión.

Celosísimos y competentes Delegados regios tenemos en las provincias hermanas de Zaragoza y Teruel; jamás se han interpuesto en el camino de nuestras investigaciones; ni a mi insignificante personalidad científica, en mis trabajos de Albalate, Urrea, Ariño, Oliete, Segura, Anadón, Alcañiz, Calanda y Castelserás; ni a mis buenos amigos y célebres excavadores los señores Cabré y Pérez Temprado, en Azaila, La Zaida, Binaceite y Mazaleón; ni a los también amigos míos, comisionados del Instituto de Estudios Catalanes, señores Bosch Gimpera y Corominas en Calaceite, Cretas y otras localidades; ni al Sr. Moreno y demás compañeros suyos, en Velilla de Ebro.

Todos laboramos por el acervo común; procuremos ayudarnos noble y lealmente, cual cumple a nuestra condición de aragoneses; y ya que tan postergados están estos conocimientos y tan menguada protección se nos dispensa a los que somos sus cultivadores, no pongamos trabas a tan beneméritos y heroicos obreros del Saber; ya que, olvidándose de sí mismos, emplean todas sus energías en trabajos que no les han de producir ventajas materiales, tengan al menos la consideración y el aplauso de todas las personas cultas de su Patria.

VICENTE BARDAVÍU,

Académico de la de San Luis.

Nuevas declaraciones del Presidente

Este asunto exige de mi parte algunas declaraciones que debo hacer aquí por acuerdo de la Corporación.

1.º Mis relaciones con D. Rafael Gúdel Abellana datan de muchos años. En 1919 nos vimos en Sijena y, como de costumbre, hablamos de asuntos de arte: el Sr. Gúdel entre otras cosas me manifestó haber dado, en el término de Sena, con varios yacimientos prehistóricos. Vi su afición a este género de estudios y me propuse facilitarle libros; excitándole a ensayar alguna exploración de superficie.

Al poco tiempo la Academia se vió sorprendida por el envío de varios objetos destinados a este Museo; luego vinieron otros... y otros; me pareció llegado el caso de proponer a la Corporación el nombramiento de Socio Correspondiente a favor del Sr. Gúdel (9 Noviembre 1919) y el

envío de alguna pequeña cantidad para que, a nombre de la Academia de San Luis, continuara sus trabajos exploratorios.

2.º En los primeros meses de 1920 se habían reunido ya en el Museo de Zaragoza bastantes objetos, algunos de importancia. Había sido electo entretanto por la Academia, como socio de número, D. Vicente Bardaviu y Ponz (Mayo de 1919), el cual venía precedido de justa fama por sus trabajos prehistóricos; era bien natural encomendarle un informe acerca de los objetos enviados por el señor Gúdel.

En sesión del 15 de Febrero de 1920, dió lectura a su informe el Doctor Bardaviu, confirmó la importancia de aquellos envíos y ya se pudo, con acuerdo de la Academia, autorizar al Sr. Gúdel para mayores dispendios.

La Academia dispuso la publicación del informe en el BOLETÍN DEL MUSEO que, por causa de las huelgas, no apareció hasta el 9 de Mayo. Hasta entonces no había habido alteración alguna en el plan propuesto: la Academia venía laborando en él hacía más de un año.

3.º El 13 de Junio ingresó D. Vicente Bardaviu, leyendo su hermoso discurso de la *Prehistoria de los Montes de Torrero*. Contestóle D. Hilarión Gimeno: ambos aludieron a los hallazgos de Sena; recientemente se había recibido una sílice maravillosamente grabada. Entre los asistentes a la sesión se hallaba D. Ricardo del Arco, correspondiente también de la Academia desde 1913.

4.º El Boletín de la Real de la Historia, en su número de Agosto (1920), publicó un informe firmado "Ricardo del Arco", referente a los *Nuevos poblados neolíticos de Sena* (Huesca). En él no se mentaba para nada la intervención de la Academia de San Luis en la exploración de aquellos poblados, a pesar de que, como hemos visto, la conocía perfectamente el Sr. del Arco. ¿Acaso molestaba que la Academia se hubiera introducido en la provincia de Huesca e hiciera allí lo que, después de todo, podía hacer cualquier ciudadano español? ¿Es cierto que D. Ricardo, con gran insistencia, procuró ganarse la voluntad del señor Gúdel, y dicen que hasta dejó deslizar alguna desagradable amenaza si los objetos recogidos no iban a Huesca? No estaba tal vez hecha en aquellos primeros días la denuncia oficial de los yacimientos; pero la Academia de Zaragoza se merecía más considera-

ción, desde el momento en que no iba a realizar un negocio, sino una obra de alta cultura.

5.º A fin de Mayo hizose la denuncia oficial; en 23 de Julio se firmaba la R. O. reconociendo los derechos de la Academia. Pues bien; algunos meses después, hubo aún alcalde o alcaldes de la ribera del Alcanadré, que recibió o recibieron oficios conminatorios del Gobierno civil de Huesca para que no consintieran excavaciones dentro de su término municipal. Claro está que aquel o aquellos alcaldes tomaron a broma semejante lujo de autoridad, pues conocieron de dónde procedía.

¡Cuánto más digno hubiera sido para mi ilustre amigo, a quien siempre he admirado por su saber y su actividad, cuánto más digno hubiera sido reconocer explícitamente los derechos y los trabajos de la Academia, sumar a ellos sus propias iniciativas, y en paz y en concordia escribir entre todos una página gloriosa para la prehistoria aragonesa! ¿Qué se hubiera dicho de la Delegación de Zaragoza, por ejemplo, si hubiera puesto centinelas al señor Cabré, para ver si daba un paso fuera de sus estudios de Azaila o de Velilla?

¿Es que el ya prehistórico cacicato oscense, al cual tan unido parece el Sr. del Arco, también ha de meterse en lo de las excavaciones?

A la luz de estos hechos, podrá juzgarse mejor la cuestión a que todos los escritos anteriores se refieren.

M. DE PANO.

ACTA

de la sesión celebrada el 9 de abril de 1922

ACADEMIA DE BELLAS ARTES

Sres.

Pano
Jardiel
Azara
Sancho
Jimeno
Serrano Sanz
Colomina
Arnaudax
Fabiani
Gracia
Lasierra
Abizanda
Bardaviu
Albareda
Navarro
Rios
Allué Salvador

En su domicilio social y bajo la presidencia del Excmo. Sr. D. Mariano de Pano, celebró sesión esta Academia, con asistencia de los señores expresados al margen.

La Academia acordó por unanimidad declarar haber visto con disgusto el ataque dirigido por D. Ricardo del Arco, Correspondiente de la Corporación, en Huesca, contra el digno Académico de número señor don Vicente Bardaviu, fundándose:

1.º, en la forma dura del ataque; 2.º, en la falta de consideración hacia la Academia al publicarlo; 3.º, en que examinado el escrito del Dr. Bardaviu, no resulta cierto que se haya vanagloriado del descubrimiento de un dolmen en Sena (las frases "*encontramos el barranco de la Clamor y llegamos al emplazamiento de un dolmen*", no indican hallazgos sino accidentes de una excursión); y 4.º, en que las palabras: "*de aquel informe se sirvió sin mencionarlo el Sr. del Arco*", tampoco denuncian ni copia ni falta de probidad, sino, a lo más, incorrección en no hacer la *mención* que el Sr. Bardaviu hubiera deseado, cosa muy justa y usada entre escritores.

Asimismo acordó la Academia, por unanimidad, aprobar en todas sus partes y publicar el trabajo en que el Sr. Bardaviu contesta al Sr. del Arco, entendiéndose que de esta manera se defiende la verdad y con ella la justicia.

Zaragoza 9 de Abril de 1922.

El Secretario,

Miguel Allué Salvador



DISCURSO

leído en la Real Academia de Nobles Artes de San Luis de Zaragoza, en la sesión de ingreso en ella por el Académico D. Vicente Bardavío Ponz, Párroco de San Miguel de la misma ciudad, el día 13 de junio de 1920.

EXCMO. SR.:

SEÑORES:

La inexorable muerte dejó vacante una silla en esta Docta Corporación, al arrebatarnos la dulce compañía de aquel Músico inspirado, Políglota no vulgar, anciano venerable y cumplido caballero, que se llamó Faustino Bernaregi; indudablemente que el Cielo habrá acogido aquella alma candorosa y noble, adornada con todo género de encantos y bondades; al lamentar tan sensible pérdida, elevemos al Señor, por él, una ferviente plegaria. ¡Descanse en paz: Así sea!

Como si no fuera bastante la pena que a la Academia ha producido tan dolorosa pérdida, vosotros aun la habéis agravado al escoger para ocupar su vacante a este pobre clérigo, cuya insignificancia y pequeñez son tan notorias como lo eran los preclaros méritos de mi predecesor. Vengo a esta Casa sin bagaje de ningún género, ni cuento con más títulos, que con los de vuestra proverbial benevolencia; porque si bien es cierto, que aprovechando los ratos libres de ocupaciones pastorales, he recorrido montes y llanos, poblados y desiertos, rebuscando en la superficie y en las entrañas de la tierra los vestigios de Civilizaciones primitivas; si no se puede negar, que mi afición a los estudios prehistóricos, tan descuidados, por desgracia, en nuestra Patria, me ha proporcionado el dulcísimo placer, muchas veces repetido, de hallar objetos interesantísimos y útiles para el progreso de la Ciencia. ¿Qué mérito tienen estos trabajos que tan generosamente recompensan, al que los hace, con la inmediata satisfacción de los hallazgos, para que ellos me conduzcan a ocupar un sitio en el seno de esta Corporación ilustre; de rancio abolengo; benemérita de la Patria, que ha contado entre sus miembros a los hijos más gloriosos de esta clásica Tierra de la hidalguía y del honor?

Ya, pues, que lo habéis querido así, sea; y desde hoy

contáis para vuestros trabajos con un obrero más, decidido, en prueba de gratitud hacia vosotros, a cooperar con todas sus fuerzas al acervo común.

Tenemos a nuestro alcance un material de estudio por demás brillante y copiosísimo; cada uno dentro de la esfera de acción de nuestros conocimientos, procuraremos el honor y la gloria del Sacrosanto Suelo Patrio; y lo llamo así, porque lo consagró María Santísima del Pilar, al posar en él sus plantas y escogerlo como solar bendito de sus amores y trono de sus misericordias inefables.

Y decía, que es copioso el material de estudio, porque en todas las manifestaciones de la actividad inteligente y libre de los hombres, aquí, en Aragón, se ha llegado hasta donde alcanzaron los pueblos más cultos de la tierra; y lo mismo en las ciencias, que en las artes, por lo menos, hemos producido tanto como los más favorecidos y fecundos han logrado crear.

No hace muchos meses, dos antropólogos extranjeros de fama mundial vinieron a Zaragoza y a mi casa, con el objeto de visitar mis colecciones prehistóricas y comprobar a la vez, ciertos datos indicados en algunas publicaciones mías. Al ver el material reunido por un sacerdote, merced a su privado esfuerzo, sin subvención alguna y sin ayuda del Estado, decían los dos: "Lástima no haya en España la afición a estos estudios, que se siente en nuestros respectivos países, ni reciban ustedes, los que estudian, la recompensa que merecen; si tuviéramos nosotros la abundancia de material que aquí poseen ¿qué impulso daríamos a éstos y a todos los conocimientos? Continuaban; no se puede negar, aquí, en Aragón sobre todo, en donde quiera, que un hombre razonable se propone encontrar, encuentra."

Hasta aquí los sabios aludidos, que me proporcionaron un rato delicioso al comentar con su charla pintoresca la impresión que les hacían mis *cacharros*, aprobando mis juicios, que hasta entonces eran tímidos y alentándome a continuar en mis empresas, que ellos colmaron de alabanzas.

Por mi parte puedo decir, que en cuantos terrenos dotados de las condiciones exigidas por la Ciencia me he propuesto encontrar las huellas de las primitivas razas, allí he recibido el premio de mis investigaciones, excediendo siempre el resultado a las más lisonjeras esperanzas.

Buscando la materia a desarrollar aquí, en vuestra presencia, para cumplir imperiosas exigencias del Reglamen-

to, he sufrido repelidas vacilaciones, porque asuntos diferentes parece que reclamaban la preferencia. Tratándose del discurso de entrada en una Corporación Regional que tiene el encargo de velar por todo lo relativo al culto y esplendor de las Bellas Artes, parecía natural ocuparse en algo en completa relación con las mismas, enclavado dentro del territorio de su jurisdicción; por eso estaba ya resuelto a hablar de las Cerámicas prehistóricas, íbera y romana, encontradas por mí en distintas localidades de Aragón. Pero felicísimos hallazgos de última hora me han proporcionado asunto más determinado y propio por ser más de casa, y no sólo de Aragón, sino de nuestra querida Zaragoza; correspondiendo así con mayor delicadeza y atención a las que habéis tenido conmigo al llamarme a vuestro seno:

El Paleolítico inferior de los Montes de Torrero: Industria, Arte y Religión de los hombres que allí vivieron.

Este es el tema que, contando con vuestra benevolencia, me propongo desarrollar.

I

Las tres Terrazas

La confluencia de los cuatro ríos, Ebro, Jalón, Huerva y Gállego, en las inmediaciones de Zaragoza, favoreció prodigiosamente en las épocas de deshielo de los glaciares la formación del importante yacimiento cuaternario antiguo, que se extiende desde la orilla derecha del citado Huerva hasta un poco más abajo de la Almenara de San Antonio; y desde el terreno que ocupan los edificios militares del polvorín, hasta el Ebro.

El suelo que sustenta nuestra Ciudad; el de la mayor parte de su extensa y fértil vega; las mesetas que la circundan, son terrenos de aluvión. Nada más natural, aquí vierten sus aguas las torrenteras de una gran parte de las elevadas montañas de la Península; los Pirineos, los montes asturianos, el elevado Moncayo y las dilatadas cordilleras de la Provincia de Teruel concurren con sus caudales a regar este suelo; figurémonos lo que serían nuestras vegas durante las épocas del deshielo de los interglaciares cuaternarios.

Las aguas de una de las más antiguas glaciaciones del país, revasaron la altura del Campo Santo actual y llegan-

do hasta el nivel del polvorín, formaron la terraza más elevada, asiento del hombre, que primeramente pisó nuestro suelo. Las erosiones causadas por corrientes posteriores, arrastrando gran parte de la primitiva formación, la dejaron al descubierto, solamente, en la meseta que ocupa el Cementerio y los terrenos adyacentes, hasta la bajada del camino de Cuarte, por la parte del río Huerva, junto al Canal. El resto de la formación antigua quedó sepultado bajo los nuevos aluviones de otra glaciación, que afloran en los terrenos de la gravera inferior al Cementerio, explotada en la actualidad por el Excmo. Ayuntamiento; los cuales a su vez se hallan cubiertos en la parte principal por las avenidas subsiguientes que formaron la terraza tercera, que se deja ver en la superficie de la gravera de D. Felipe Duplá, Cabezo Cortado y Torre del Sr. Pamplona.

Tenemos ya formado el teatro sobre el cual se desarrolló la escena de la vida humana, durante la época del paleolítico inferior, en nuestro suelo. Revueltos con las ingentes masas de gravas, arenas, arcillas y cantos rodados, aparecen los vestigios de la Industria y del Arte de aquellas remotísimas edades.

El hombre del paleolítico inferior, vivía junto a las corrientes de los ríos, o en las planicies contiguas, no lejos de las aguas. No conocía la cerámica, por lo tanto carecía de tinajas, cántaros o vasijas, tampoco sabía aprovechar las odres o pellejos de los animales para depósitos de líquido; por eso no se podía alejar de los ríos o de las fuentes.

Los cráneos del hombre, o de algunos animales, les suministraron las primeras copas; pero su limitada capacidad las hacía insuficientes para grandes distancias. Esta es la causa por la cual hay que estudiar la vida de la humanidad primitiva en los grandes depósitos de aluviones.

II

Indicaciones precisas

No he de detenerme a refutar la serie de afirmaciones completamente gratuitas, que se consignan en ciertos libros de Prehistoria, relativos a la naturaleza y condiciones físicas, intelectuales y morales del hombre primitivo; pero no puedo menos de dejar sentado que el hombre fue inteligente y estuvo dotado del lenguaje desde el momento en que apareció en la tierra; y que antes de vivir en el estado de inferioridad a que nos le muestran relegado los

descubrimientos de la Ciencia, había vivido en un nivel muy superior, del cual cayó por razones y causas que los sabios no explican suficientemente, pero que la Religión define y resuelve de una manera categórica y detallada.

Arrojado del Paraíso terrenal por la desobediencia cometida contra su Omnipotente Creador; expuesto a las mil contingencias de la vida, en su lucha contra la naturaleza inclemente; privado de los recursos que la civilización posterior nos suministra; desconociendo, todavía, la extracción y empleo de los metales; el hombre caído antes de lanzarse a crear las Artes Bellas, hubo de procurarse lo necesario y útil para vivir, para luchar, para cubrirse, para ponerse al abrigo de las fieras y de los multiplicados agentes atmosféricos, calor, fríos, nieves y demás.

La Ciencia parece demostrar, que la primera etapa de la humanidad, la correspondiente a uno de los interglaciares, se deslizó en un ambiente de clima benigno y placentero; la fauna y flora propias del período lo demuestran; así se explica, que los hombres pudieran vivir en las orillas de los ríos, sin buscar el asilo de las cuevas o grutas naturales situadas, por regla general, en las montañas alejadas de las corrientes de las aguas. ¡Cuán sabia y bondadosa ha sido siempre, aún para el hombre caído, la Divina Providencia! Si se hubieran sucedido inmediatamente a la expulsión del Paraíso terrenal los climas crudísimos del final del musteriense, ¿qué hubiera sido del atribulado Adán vestido de hojas de higuera y sin saberse proporcionar los necesarios preservativos para el frío?

Dicen los tratadistas de Antropología, y no tengo inconveniente en admitirlo, que se refugiaban los hombres, para ponerse a salvo de las persecuciones de las fieras, en las copas de los árboles existentes en las llanuras de los valles. Añaden, que los huesos fósiles de los hombres de tales razas acusan felices disposiciones para trepar. No extraña que el continuado ejercicio de una función con el consiguiente desarrollo de los órganos indispensables para la misma, produjera ciertas modificaciones accidentales en el organismo; pero de ahí a la consecuencia que intentan sacar de la filiación y génesis de la Especie Humana de los Simios, hay un abismo infranqueable.

En primer lugar, los cráneos y esqueletos conocidos hasta el día no pertenecen al hombre primitivo; porque su origen estuvo en el Continente Asiático; y la Ciencia, hasta el presente, casi no se ha ocupado más que de los descu-

brimientos europeos. Aparte de esto, son escasos los restos humanos fósiles, correspondientes a los períodos chelense y acheulense, de duración dilatadísima, según los mismos partidarios de la pretendida génesis; habiendo, por lo tanto, tiempo sobradísimo, para que el hombre, que salió perfecto de las manos de Dios, sufriera el terrible retroceso, que acusan las razas posteriores.

Según esto, no hemos de hablar del "Homo primigenius" como ignorante y atrasado; y después, de "Homo Sapiens". Sino, que fué primero el "Homo Sapiens", después el "Homo secundum corpus et animam, in detersus commutatus" y últimamente vuelta de nuevo al "Homo Sapiens".

Pero dejándonos estar de estas consideraciones, si bien oportunas al salir de los labios de un investigador sacerdote, que viene siempre obligado a ser antes apologista, que investigador; no constituyen el objeto especial de esta Memoria, y urge ya demos cuenta del fruto de nuestros trabajos.

Hemos hablado de tres terrazas sucesivas, formadas por el deshielo de sus respectivas glaciaciones; en cada una de ellas han dejado su industria las razas que las poblaron. He recorrido de parte a parte, repetidas veces, toda la superficie de los montes de Torrero, desde el camino de Ruiseñores, por uno y otro lado del *Canal Imperial*, hasta los términos de Cuarte y de Cadrete, recogiendo todos los útiles encontrados a flor de tierra, consignando su origen, para orientarme en la clasificación de los yacimientos. Pero no basta el estudio de la superficie; es preciso conocer las capas subterráneas y para ello he visitado, durante un largo período, todas las graveras explotadas actualmente dentro de la zona de estudio, examinando también con detención las antiguas abandonadas; he aprovechado para conocer los yacimientos, la apertura de cauces para aguas y alcantarillado en el camino de Ruiseñores; he pasado varias tardes presenciando los trabajos de los foseros del Campo Santo al abrir las sepulturas, principalmente, en la parte añadida hace poco más de un año; he recorrido las hoyas abiertas en muchísimos campos enclavados dentro de los límites de la terraza superior, para el plantado del viñedo; finalmente he hecho un examen detenido de las erosiones existentes en todo el contorno del monte, en sus corles hacia el Canal y el Huerva.

Con tales elementos de juicio he podido comprobar la existencia de tres niveles, situados en las zonas anteriormente indicadas; en ellos he trabajado sin descanso y puedo asegurar que el fruto obtenido ha superado, en mucho, a las esperanzas concebidas.

La Industria y el Arte antiguos se ejercitaron sobre palos, huesos y piedras; los palos han desaparecido, los huesos sólo se encuentran en algunos yacimientos musterienses; hasta el presente, en Zaragoza no he encontrado objetos de hueso; los he hallado en otras localidades. En cambio, la Industria lítica, es de lo más fecundo y variado que conozco, con sus caracteres típicos, propios de los respectivos yacimientos, como pronto vamos a ver.

III

El Chelense

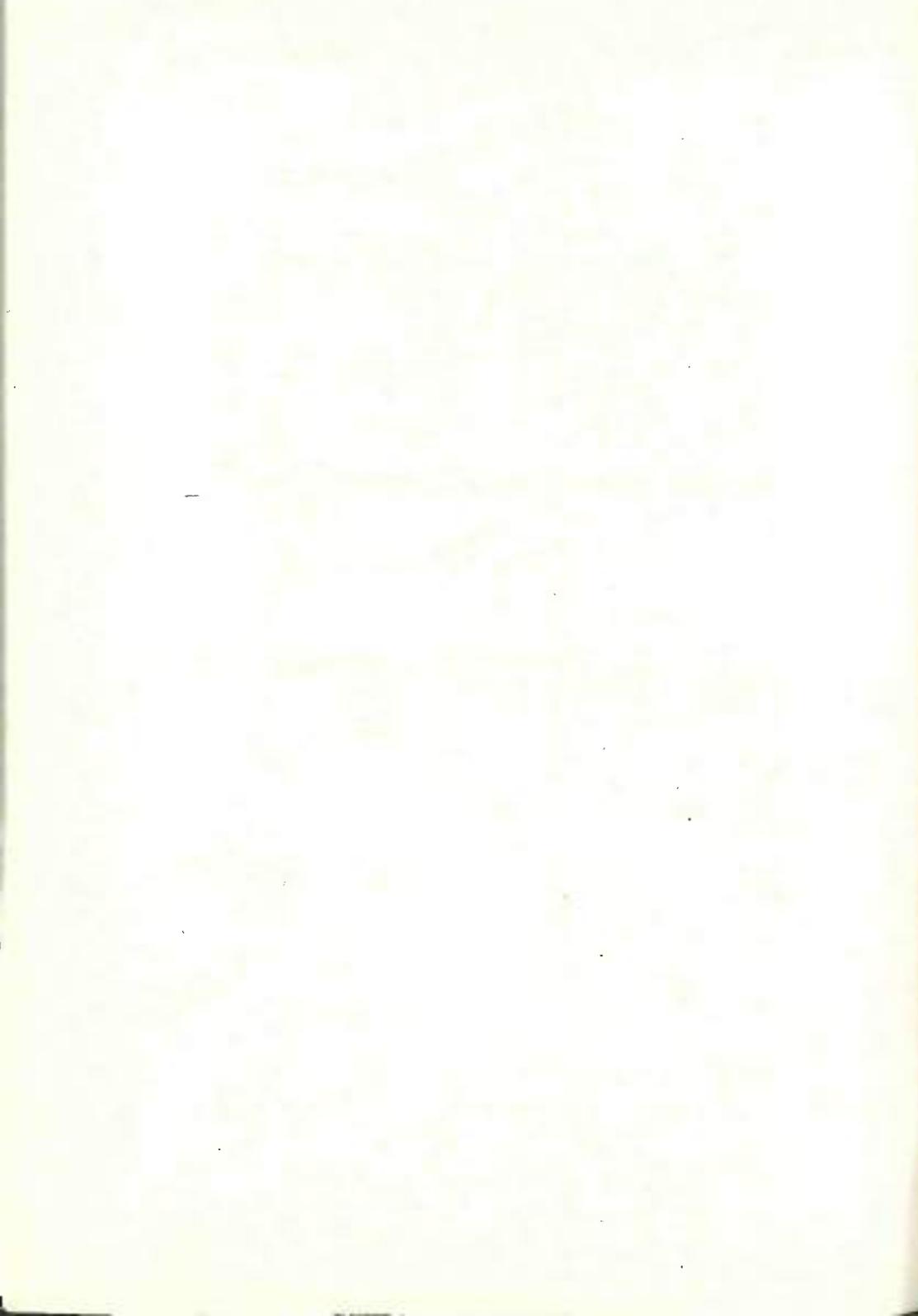
Se encuentra, a flor de tierra, en el Cementerio y terrenos contiguos; en las capas medias, en la gravera próxima al mismo, explotada por el Excmo. Ayuntamiento; y en las capas más profundas, en la del Sr. Duplá, situada a la parte de allá del Canal, frente a la torre del Sr. Pamplona.

Hablar de los Eolitos y de la Industria Prechelense, sería alejarnos demasiado de nuestro objeto. Hay que advertir que la ausencia de fauna y flora es absoluta; el Chelense está determinado, en cuanto a la Industria, por los instrumentos de sílex grandes, toscamente tallados; por las hachas de mano amigdaloides, y por las de talón al natural y lanceoladas.

a) *Instrumentos de sílex grandex*: Son de una factura sencilla y bien determinada; hay uno de 28 centímetros de largo y 14 de ancho, por la parte mayor, formado de un nódulo con cintura natural en el centro, labrado a gran talla por uno de los lados y afilada la punta a pequeños golpes, con finos retoques en los bordes y en la sinuosa arista interior y con marcadísimas señales de utilización; fué descubierto a mi presencia a metro y medio de profundidad, abriendo una fosa en la parte nueva del Cementerio; su peso de tres kilos, el tamaño y dimensiones de la cintura y del talón confirman la creencia de que los hombres de esta raza eran asaz corpulentos y vigorosos. Hasta diez instrumentos de este género he logrado reunir, de talla más o menos tosca y con señales de utilización:



INDUSTRIA CHELENSE DE LOS ALIADOS
DE MATEO ZARATEA



pero ninguno llega a la mitad de tamaño y peso del anterior.

Merece especial mención un precioso instrumento de dura pátina, con dendritas por ambas caras, de talla bifacial, la parte superior en diedro, terminando en punta; de base ancha, formando triángulo, con retoque fino en los bordes, con corte sinuoso y una gran escotadura, de quince centímetros de largo y de diez de ancho por la base; lo extraje de su yacimiento, a unos tres metros de profundidad de la gravera mencionada del Excmo. Ayuntamiento.

Son abundantes y notables los nódulos de sílex, que permaneciendo intactos, en su mayor parte; merced a una habilidosa talla por uno de los lados, resultan utilísimos instrumentos, con punta magistralmente formada, de un corte especial en la arista descortezada, todos ellos con las muestras de uso acusado por el retoque y la mayor parte de las veces, el corte en escotadura, para raspar huesos o palos.

b) *El hacha amigdaloides*, o de forma de almendra, también se halla representada en nuestros yacimientos por varios ejemplares. En las últimas erosiones de la terraza superior, junto al camino de Cuarte, hallé la de mayor tamaño y más tosca construcción; es de sílex algo oscuro; mide diez y seis centímetros de longitud y pesa un kilo, tiene las faces recubiertas de concreciones de origen orgánico, dignas de estudio.

Otra tengo procedente de la meseta superior en las proximidades del Canal; dos de las capas más profundas de la gravera de D. Felipe Duplá, y una más pequeña de la torre del señor Pamplona, de bajo nivel. Son las cuatro de sílex blanquecino y transparente, algo más blando que el de los otros utensilios descritos; presentan las aristas, tallas y retoques bastante alterados por el continuo rodar y tal vez por variaciones químicas en la materia.

c) *Hachas lanceoladas*. Son las que forman el tipo más variado y original del yacimiento. Proceden en su mayor parte de la capa inferior de la gravera próxima al Canal en su margen derecha, frente a la torre de Pamplona, propiedad de D. Felipe Duplá, explotada por los honrados y laboriosos Silvestre Insa, Julián Pascual y Francisco Martín.

Tres son los modelos predominantes; el primer modelo está formado de instrumentos hechos de un nódulo de sílex alargado, con el talón intacto, talla en lascas lon-

gitudinales por todos los lados menos uno, magníficos retoques en las múltiples aristas, terminando en punta algo gastada por el uso; guardo dos ejemplares típicos de singularísimo interés.

El segundo modelo comprende tipos labrados en lascas desprendidas de nódulos mayores, pero que conservan, en parte, la corteza; son casi redondos en la base o talón y ligera y progresivamente adelgazados por talla longitudinal hasta la punta.

Pero el modelo más original lo constituye la colección de hermosas piezas de sílex, formadas por una especie de arco discoidal, de diez y seis centímetros de longitud y cinco de anchura, en el centro; la talla y retoques son finos; permanece sin tallar la cara esferoidal que conserva la corteza; por un lado terminan siempre en punta, y por el opuesto, unas veces en punta y otras en bisel, formando una especie de buril o destal. Todos los modelos se adaptan admirablemente a la mano; pero el último acusa marcada tendencia a ser enmangado.

Poseo, además, una multitud de pequeños utensilios, a saber: rascadores, raederas, puntas y objetos de forma indeterminada, todos con señales de uso y destinados a punzar, hender, aserrar, cortar, raer y rascar, propios de estos yacimientos; así como, también, multitud de lascas producidas sin intención determinada indudablemente en el lascado y talla de los objetos descritos.

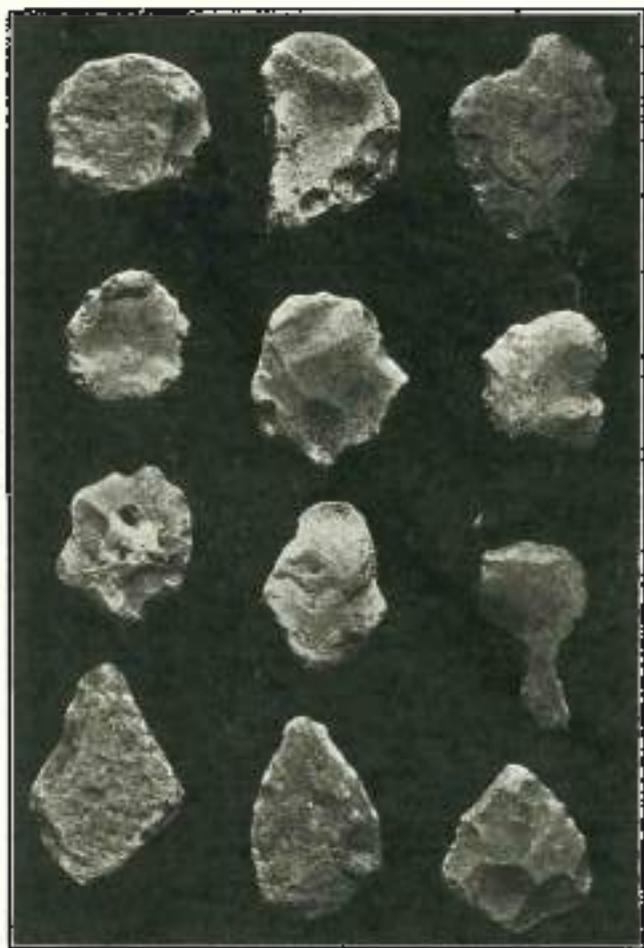
IV

El Acheulense

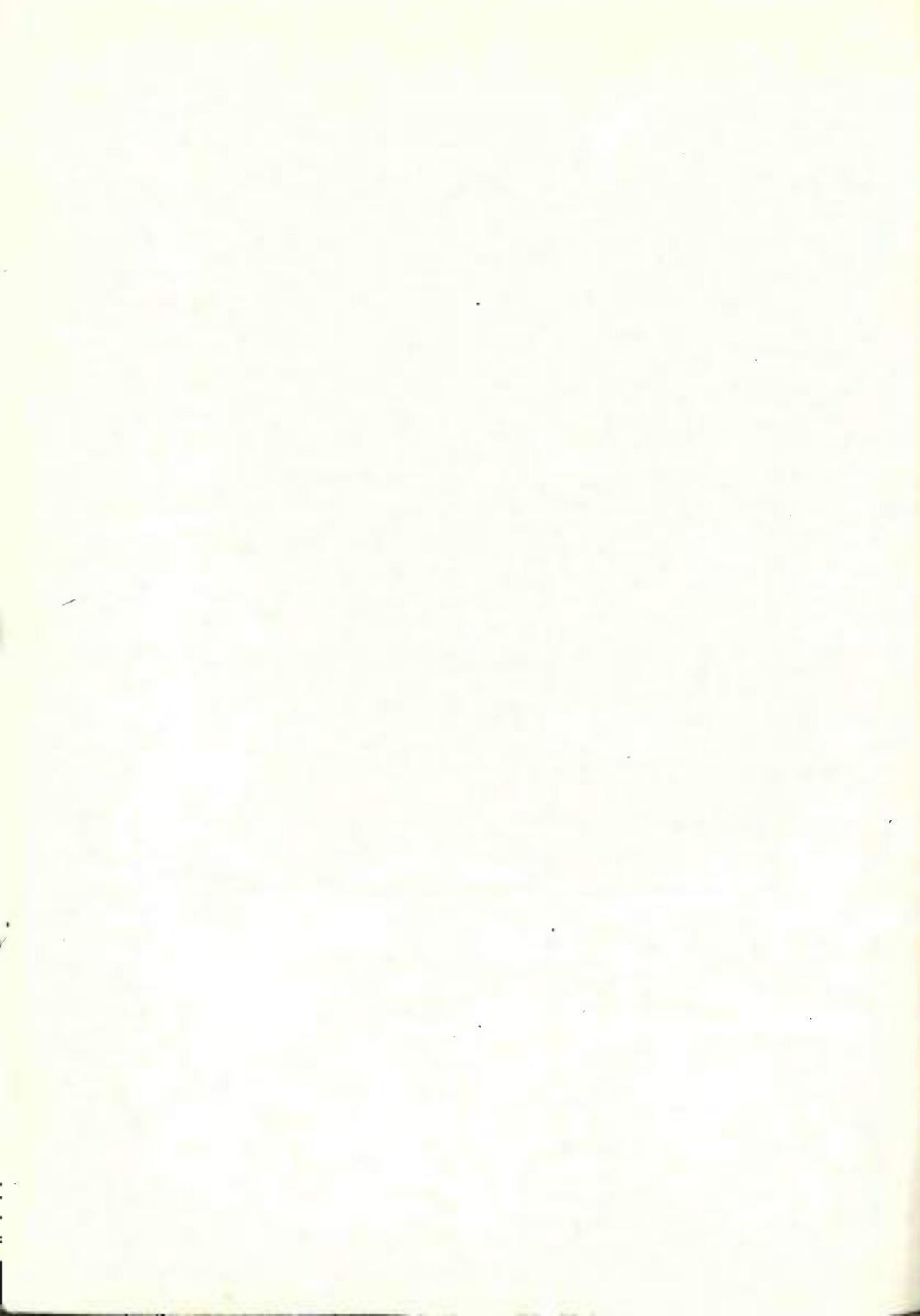
Ahora este yacimiento en las graveras ya citadas del Excmo. Ayuntamiento y en los lugares próximos a uno y otro lado del camino del Cementerio; en los demás terrenos sirve de asiento al musteriense.

Es tan copiosa y variada la industria de este período en sus distintos yacimientos, que necesitaríamos mucho tiempo si toda la hubiéramos de describir; por eso nos concretaremos a los tipos más bien determinados y corrientes.

a) *Hacha amigdalóide*.—Guardo bellos ejemplares, pero ofrecen la particularidad de que son casi planas las dos caras y están talladas y hermosamente retocadas en ambos bordes; que son completamente regulares, rectos y sin sinuosidad; debieron ser cortantes pero están algo



INDUSTRIAL WOLFRAMITE
OR LOS ANGELES - DE. T. G. R. 1910



gastados. Proceden de la gravera del Excmo. Ayuntamiento. Creo este el momento oportuno de hacer notar la técnica especial del Acheulense en estos yacimientos. Son la mayor parte de los instrumentos casi planos; por maravilla aparece la talla en ninguna parte de las superficies planas; en cambio, los bordes tienen talla hermosa y retoque abundante y continuado. Sólo aparece la excepción en las hachas discoidales y en las del tipo de Levallois. Indudablemente la simplificación en la talla es una prueba del ingenio de la raza; supo aprovechar la abundancia de nódulos en condiciones fáciles de utilización y la ventaja del desdoble y lascado en plano de los nódulos.

b) *Hachas triangulares planas.*—Es inmensa la riqueza que ofrecen esos yacimientos en hachas de forma triangular; las hay de una factura delicada y fina con talla por lo común en solos los bordes y la punta muy utilizada. Tengo dos ejemplares, recogidos a flor de tierra en un campo de la orilla izquierda del camino del Cementerio, frente a la fábrica de yeso, tallados casi completamente por una de las caras, con tal destreza y maestría, que resultan dignas de cualquier Museo.

Una solamente guardo extraída por mí de su propio asiento de la gravera del Sr. Duplá, del medio de su altura, tallada por ambas caras, de corte agudo y recto y de la forma de las típicas en las estaciones francesas; es una de las mejores piezas de mi numerosa colección. La mayor parte de estas hachas estuvieron enmangadas; acusan este uso especial unas pequeñas muescas de los lados, que no tienen otra explicación más que la de haber servido para sujetar los mangos a las piezas.

c) *Los discos o hachas discoidales.*—Son abundantísimos; los hay de todos los tamaños; el mayor es de trece centímetros de diámetro y hay uno de diez y seis milímetros, semejante a un microlito aciliense; pero sus caracteres morfológicos y el yacimiento lo colocan en la época acheulense.

Muchos presentan la forma de un casquete esférico; la parte convexa conserva intacta la corteza del nódulo; llevan la talla y el retoque por los bordes y alcanzaron a ambas caras; hay en todos una pequeña punta o ligero saliente, en la que aparecen las señales de uso, y a eso de la mitad hay dos muesquitas, una por cada lado, en las que se afianzó el mango que indudablemente tuvieron.

Hay discos tallados por ambas caras, de modo elegan-

te y con idénticas condiciones de servicio y utilidad; todos llevan su puntita en la parte opuesta a la que marca las señales de fácil manejo y aprehensio...

Los más perfectos proceden de los asientos acheulenses de las graveras del Excmo. Ayuntamiento y del Sr. Duplá y de las erosiones del monte de Torrero, en la parte del Canal Imperial, frente al Cabezo de Buenavista.

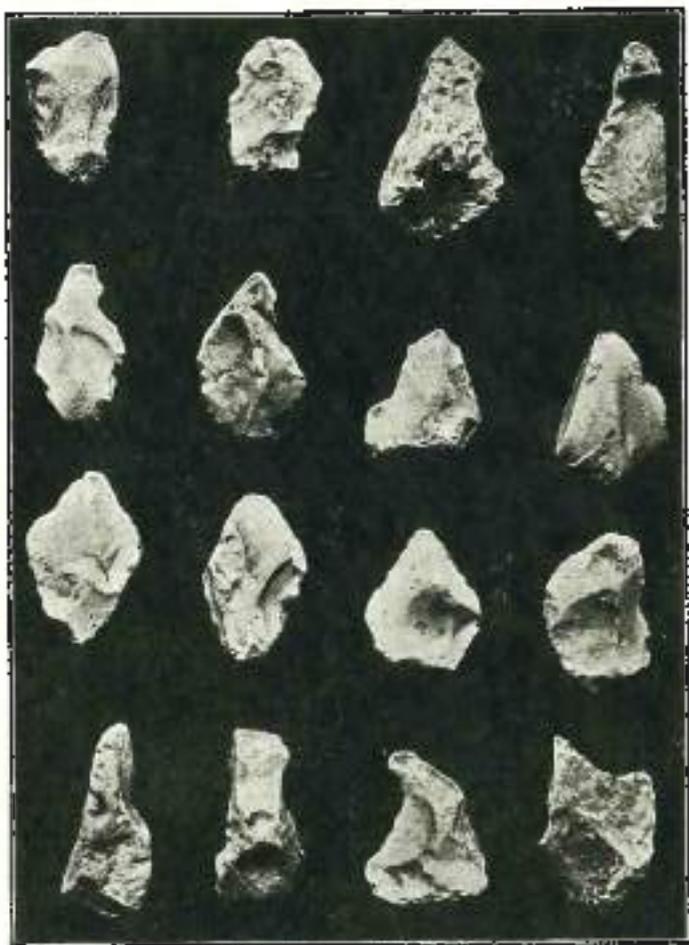
d) *Puntas del tipo de Levallois*.—No menos abundantes que los discos son las hachas o puntas del tipo de Levallois, que son unas hojas anchas y planas por un lado, terminadas, ya en punta, ya en recto o ya de forma oval. La mayor parte, van talladas en la superficie; otras, sólo en los bordes, pero todas tienen sin tallar la cara inferior; abundan en toda la extensión del yacimiento y las he encontrado en todos los terrenos en los que, ya en la superficie, ya en las excavaciones, aparece la segunda terraza; los ejemplares que poseo son hermosos, y todos, o la mayor parte, muestran las señales de aptitud para el enmangamiento.

Prescindo de describir la inmensa variedad de utensilios, grandes y pequeños, aptos para todos los usos, pero sin forma determinada; unos, obra de la intención; otros, restos casuales del lascado y talla de los instrumentos descritos. Pero no puedo menos de hablar de un utensilio discoidal, perfectamente tallado y retocado en los bordes de ambas caras; con un rabo o mango estrecho que se adapta a las dos manos de una manera completa, revolviendo que era ambidiestro el que se sirvió de él. El diámetro del disco es de siete centímetros y la longitud total, incluyendo el mango, es de trece centímetros.

V

El Musteriense

Tres son los asientos del paleolítico antiguo o inferior, colocados en el orden en que los vamos estudiando; el último y más elevado es el musteriense, que sirve de lecho al aurignacense, el más antiguo de los tres superiores. La temperatura sufrió un gran descenso en esta época; aun cuando en nuestro suelo no se dejó sentir con el rigor de las regiones de la Europa Central y del Norte; los hombres comenzaron en muchas partes a refugiarse en las cavernas y abrigos, haciéndoseles más difícil la vida al aire libre.



EXEMPLOS DE SERRASSE
DO SÉCULO VI SIGLO DE TORREDO



Aquí, en Zaragoza, desarrolló su industria el hombre musteriense, en la tercera terraza, que se asienta sobre el achenlense y que aparece al aire libre, como dejamos apuntado, en los terrenos contiguos al Cabezo Cortado, a una y otra parte del Canal, en las graveras de D. Felipe Duplá y en las de la torre del Sr. Pamplona y por toda la extensión del Camino de Ruiseñores.

Vengamos ahora al estudio de la Industria, que hemos recogido en los yacimientos descritos, durante nuestras repetidas y constantes investigaciones.

a) *Hachas*.—Son variadas y muy originales, tengo dos que recuerdan la forma lanceolada; pero en las puntas, merced a unas escotaduritas, parece quieren iniciar el anzuelo de las flechas; otra triangular cordiforme perfecta, que también inicia el pedúnculo de la lanza o flecha; existiendo también otras muchas formas reminiscentes de las industrias anteriores.

b) *Las Puntas*.—Son el instrumento típico del período; el surtido es inmenso; talladas por una cara solamente, con finos retoques en los bordes, presentando gran aptitud para ser aprehendidas y tal vez enmangadas; sus tamaños son varios; las mayores, que son puntas dobles, alcanzaron a nueve centímetros; las más pequeñas, a cinco. Son dignas de mención tres piezas con pedúnculo y barbas, a manera de puntas de flecha, de una factura impropia del yacimiento; pero que a él pertenecen, pues dos fueron extraídas por mí de la gravera de D. Felipe Duplá, de una altura en la que no aparece más Industria que la Musteriense; la otra la encontré en la superficie, tiene su retoque por los bordes, y la construcción está acabada y bien definida. Es persistente la iniciación de la forma de flecha; en casi todos los terrenos de industria del período, son frecuentes las puntas más o menos flechiformes.

c) *Raedera*.—Es otro de los instrumentos típicos del Musteriense y estaba destinada, según se cree, a raer las pieles de los animales, que indudablemente aprovecharían para la propia indumentaria. Es una lasca destacada del núcleo, plana por una de las caras, que en lugar de terminar en punta, presenta en la parte longitudinal un borde curvo, completamente retocado. Son abundantísimas y también características del Musteriense las raederas con escotadura y bastante cortantes; algunas hay con un punzón afilado, con el cual, según Henri Martín, perforaban la piel y después con el corte convexo continuaban la in-

cisión. Otras servían para adelgazar los mangos de las flechas y hacerlos redondos.

d) *Perforadores o punzones*.—Son unas piezas de sílex de diferentes y variadas formas, que terminan en punta más o menos aguda; punta obtenida a fuerza de talla y de pequeños retoques al final; los instrumentos más típicos de esta especie los he recogido en la gravera de la torre del Sr. Pamplona y también en una pequeña planicie que sobresale en la margen derecha del Canal Imperial, frente al Cabezo de Buenavista.

Es inmensa la riqueza y variedad de pequeños instrumentos de todas clases y para todos los usos, reunidos a fuerza de paciencia en las diferentes partes de este yacimiento.

VI

¿Arte?

Importante resulta para la Academia de Nobles Artes de San Luis averiguar cuáles fueron las primeras manifestaciones de la actividad humana, en orden a lo bello, cuáles los primeros pasos dados en esta Región en los tiempos prehistóricos; y, aseguro que no fué la tierra aragonesa la última en el cultivo de las Artes.

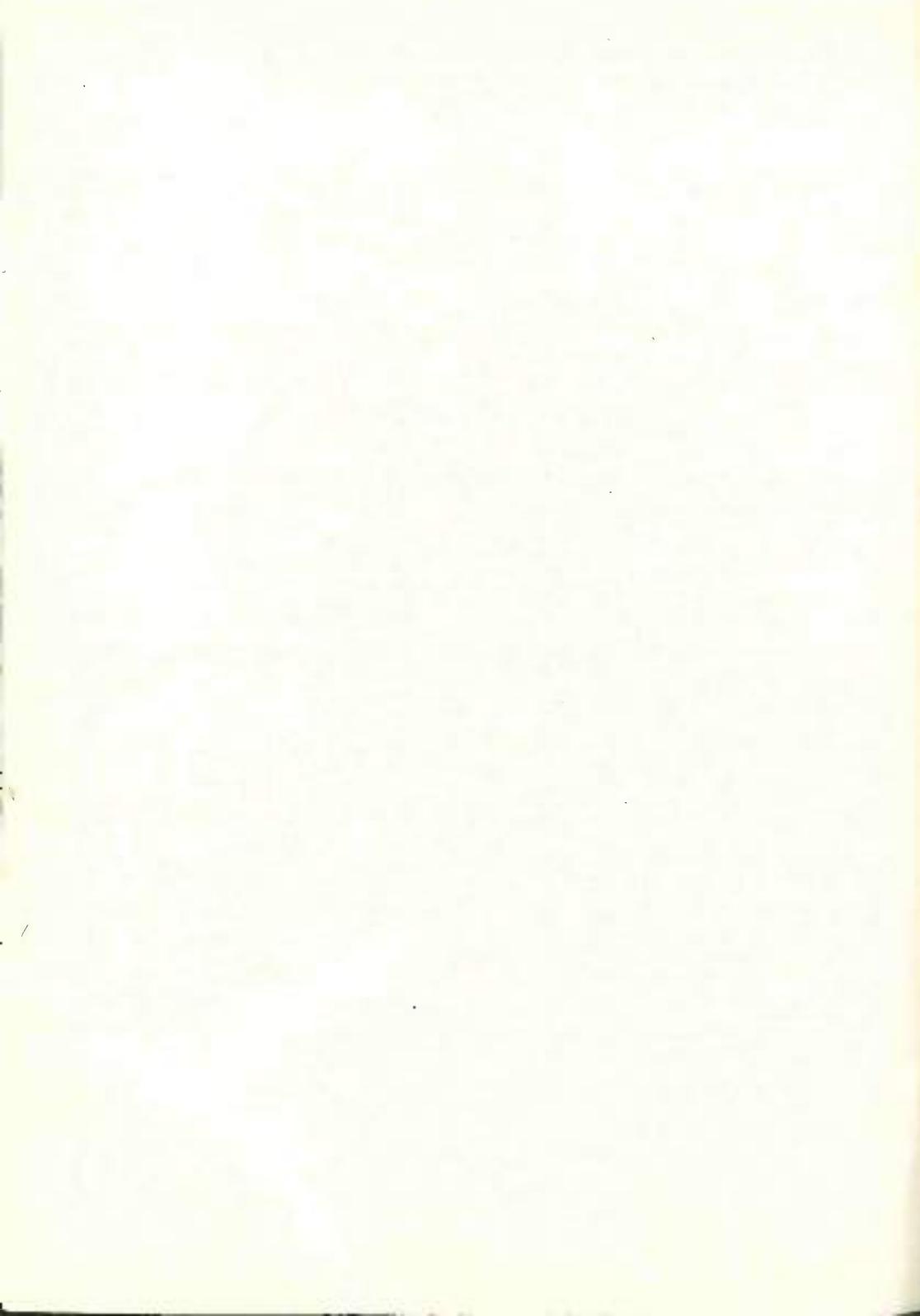
Las notabilísimas pinturas rupestres del Barranco de Calapatá, que atraviesa los términos municipales de Cretas, Calaceite y Mazaleón; las no menos importantes de la Cueva del Charco del Agua Amarga de Alcañiz, cuya animación y vida harían honor a cualquier firma aun en nuestros propios días; las de la Fuente del Cabrerizo, el Navazo y el Callejón del Plou en Albarracín; y los cantos acienses pintados, recogidos por mí en distintas localidades; son prueba fehaciente del precoz desarrollo del arte pictórico en Aragón desde los más remotos tiempos.

Pero por mucho que queramos ponderar la antigüedad de estas manifestaciones artísticas, alcanzaron a la última etapa del paleolítico superior, o magdalenense, o a lo sumo, alguno que otro dibujo, puede alargarse al Aurífense.

La escultura tampoco se manifiesta hasta este último período, al cual pertenecen los descubrimientos de E. Piette, hechos en la gruta del Papa de Brassempouy (Landas), entre los que destaca una cabecita femenina de marfil, con



INCUBERA MUSEOES-EL V DE YRANSAIDON
DE LOS ALUMNOS DE TERRERO



su tocado, que lo mismo puede representar el arreglo del cabello, que una capucha.

Mortillet, Exsteens, Dechelette; Breuil, Obermaier y cuantos autores de Prehistoria he visto, ya no van más allá del Auriñacense, al fijar la aparición del Arte Escultórico, si bien es cierto, que suponen pudieran hacerse antes algunos ensayos en madera, arcilla o alguna otra materia de fácil descomposición.

Nadie afirma que pudieran hacerse tales pruebas en sustancia inalterable y fuerte como es el sílex, y este es precisamente el hecho que la Providencia me ha permitido descubrir en el asiento musteriense de la gravera tantas veces citada de D. Felipe Duplá. (1)

En mis investigaciones practicadas en el Cabezo de Cantalobos de Albalate del Arzobispo, encontré, hace años, una pequeña estatuilla en busto, de sustancia calcárea, de incipiente construcción; está ya publicada en el folleto "Estaciones prehistóricas y Poblados desiertos"; allí la juzgaba de origen ibero; después de mis nuevos hallazgos la considero producto del Arte Prehistórico.

No había tenido la fortuna de hallar ninguna otra pieza tallada; pero el próximo pasado marzo, vino a mis manos el objeto por demás interesante que vamos a estudiar.

De la gravera del Sr. Duplá, de entre las capas que contienen objetos de Industria musteriense, a un metro poco más o menos de la superficie, extraje una lasca, que al punto no pude distinguir, por las concreciones térreas en que iba envuelta; pero figuraoa cuál sería mi contento, cuando al limpiarla me encontré ante una tosca y rudimentaria figura humana en busto, tallada en sílex, que a pesar de sus imperfecciones, revela un esfuerzo extraordinario en el Artista, tanto por el trabajo en sí, no despreciable al ser de época tan remota, como por los escasos recursos con que contaba para la ejecución de la obra en un material tan duro y frágil a la vez.

Es una lasca de ciento tres milímetros de altura y cincuenta y uno de anchura por la base; fué destacada de un núcleo de sílex de color ceniciento; en la base que presenta forma triangular, ligeramente inclinada, subsiste el

(1) En fecha posterior he obtenido en el mismo yacimiento varios objetos de sílex, que representan, o caras humanas, o estatuillas toscas, pertenecientes también la época musteriense.

plano de percusión de un ancho de dos centímetros; y va adelgazándose la pieza, a efecto de tres golpes de talla, por el envés, hasta quedar reducida a dos milímetros escasos en la parte superior, que es casi circular. La faz conserva en la porción no labrada la convexidad natural del nódulo; en todos los bordes presenta un retoque delicadísimo y fino, que afecta a las dos caras.

A la izquierda del espectador hay una escotadura, en la que, el Artista intentó dibujar el cuello y hasta la barba y la boca, que merced a un pequeño esfuerzo de imaginación se pueden apreciar.

En el lado opuesto a la escotadura ha quedado intacto el material, salvo el retoque mencionado, marcando solamente una delicada ondulación en el borde, con la que se define el busto y se aprecian bien el hombro izquierdo y la espalda de la obra de Arte.

La frente aparece acabada y un poco huida; debajo, tallados, indudablemente, con buril de sílex a golpe indirecto aparecen los ojos, mejor dicho, sus grandes órbitas, quedando en el lado de la escotura una continuación del tallado del ojo, con la cual se quiso marcar la nariz. Con repetir la escotadura por el lado opuesto, la cara hubiera resultado completa, pero ahí resalta la habilidad e intuición del Artista, pues el golpe hubiera sido fatalmente destructor de la obra; esto se aprecia bien, teniendo el objeto a la vista.

Al contemplar las órbitas hundidas y la frente hacia atrás, vienen a la mente los caracteres de los cráneos neandertaloides, con los arcos superciliares tan enormes y salientes y con su frente huida; y es de notar que precisamente el busto y lo mismo la industria que le acompaña, deben ser obras de los hombres de aquellas razas.

VII

¿Y la Religión?

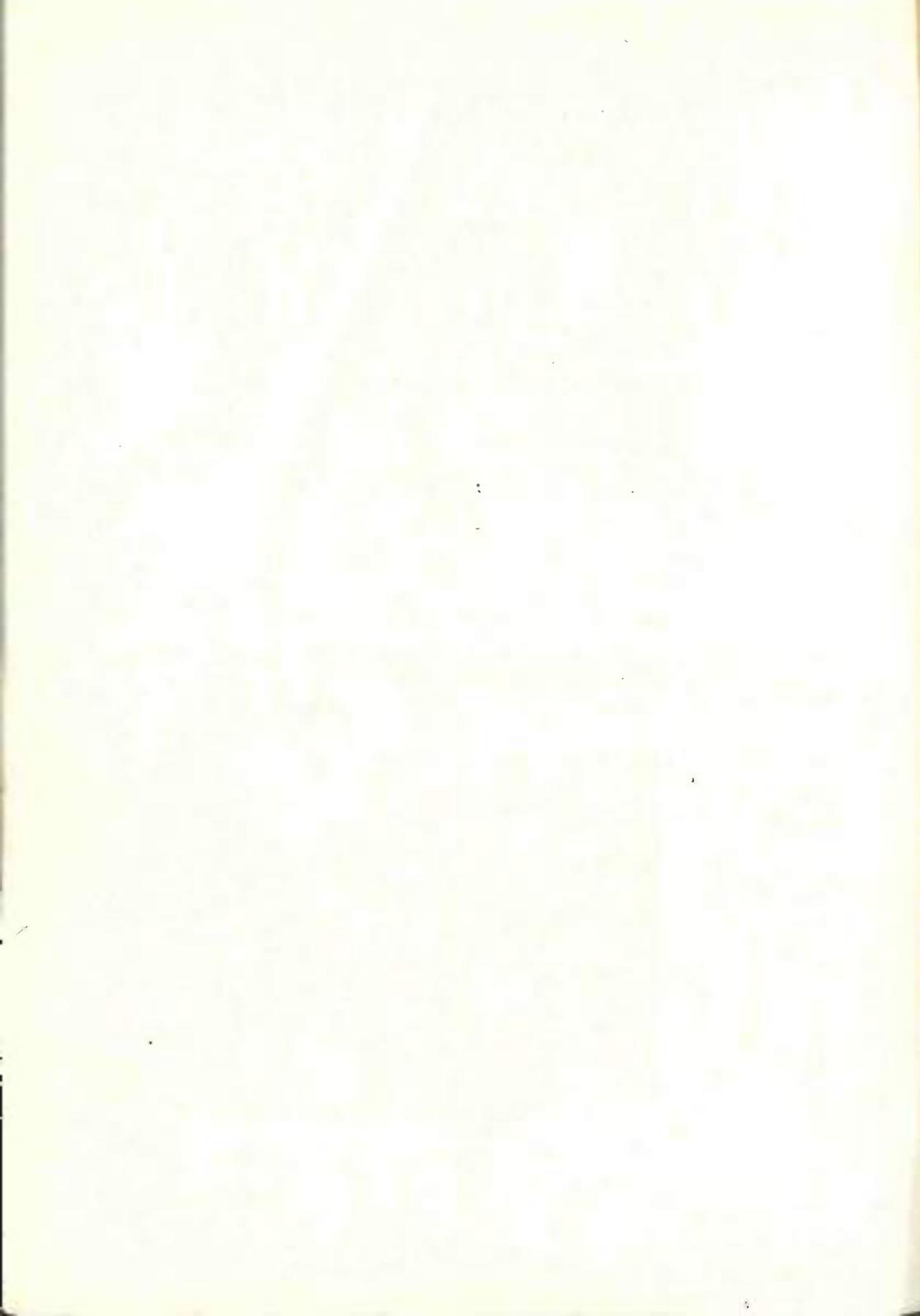
Mortillet, en su "Prehistoria, origen y antigüedad del hombre", en el capítulo noveno dedica un párrafo entero a probar la ausencia de Religión en el hombre paleolítico y dice: "El hombre del cuaternario antiguo o paleolítico, durante toda su dilatada existencia ha sido exclusivamente cazador. Hay que agregar a este carácter otro de orden más íntimo, pero tan persistente como el primero, a saber: la carencia completa de ideas y sentimientos religiosos.



Rechts: ein siles, ...
Eckstein im Profil



Links: ein siles (Mogeln) ...
Eckstein im Profil



Desde el Chelense hasta el final del Magdalenense, no hemos encontrado ninguna señal. La religiosidad falta por completo. Muchas veces se ha mirado como prueba de la existencia de un culto la aparición de ciertos trocitos discoides de hueso, más o menos adornados con grabados. Estos discos no eran otra cosa que botones destinados a sostener los vestidos."

Hasta aquí G. de Mortillet que, careciendo de documentos reales para afianzar sus ideas preconcebidas, apela a cuantos recursos le pueden suministrar algún valor en pro de la tesis transformista.

Cartailhac, Breuil, Salomón Reinach, Dechelette y otros muchos, han refutado la tesis, en lo que se refiere al paleolítico superior, fundándose en las célebres pinturas rupestres de la Cueva de Altamira, que pertenecen a esa época y a la cual cueva y a otras similares han considerado como cámaras sagradas destinadas a operaciones mágicas y del culto; atribuyendo a las pinturas un indubitable carácter religioso.

Además, por comparación con las costumbres, creencias y supersticiones de los salvajes de estos tiempos, deducen los sabios que proceden de buena fe, cuál fué el culto y religión de aquellos hombres antiguos. Fué, sin duda, la Zoolatría, o como llaman ahora, Totemismo.

El grafito en las paredes de las rocas, o las cuevas se encuentra en las regiones del Sahara y en el país de los Bosquimanos actuales; también pintan mucho sobre roca los australianos. Llamam *totem* las tribus modernas de los mencionados pueblos salvajes al animal, vegetal o mineral, en quien la tribu o *Clan*, reconocía a un antepasado, un protector y un estandarte, o signo de reunión. Estos objetos son los que están pintados en las rocas y cavernas; y ante ellos, hacen danzas, ritos, culto, magia y demás demostraciones de homenaje y adoración. Como los *Clanes* se agrupan entre sí y cada uno tiene su *totem*; por eso son varios los animales pintados. De estas analogías, entre las tribus salvajes actuales, sus pinturas y ritos, con las pinturas rupestres de las citadas cuevas y con el grado de cultura y disposiciones fisiológicas de los hombres del paleolítico superior, deducen los sabios: que en aquellas apartadas edades, los hombres tenían Culto y Religión y cuál debía de ser; es decir, la Zoolatría.

También de la disposición de las sepulturas en que se han encontrado los restos del hombre paleolítico supe-

rior, deducen el respeto a los muertos, la creencia en otra vida después de la presente; en suma, el Culto, que, de una u otra forma, representan el sepulcro, el mensaje fúnebre y demás circunstancias del enterramiento.

Realmente tienen valor todas estas razones en lo que se refiere a la época a que corresponden las pinturas, los sepulcros, los túmulos, dolmenes o menhires; es decir, desde el Aurifiacense, o sea desde la primera etapa del paleolítico superior.

Menéndez Pelayo, en el primer tomo de la segunda edición de la "Historia de los Heterodoxos", se ocupa felizmente de estas cuestiones y recoge con acierto cuanto los autores han consignado en libros, memorias y revistas; pero, repito, no traspasan estos estudios los límites de antigüedad que acabamos de fijar.

¿Y antes, en el paleolítico inferior, en el Chelense, Acheulense y Musteriense, los hombres tuvieron Religión? A priori, apoyados en nuestras creencias y respetos a la Santa Revelación, contestamos: que la tuvieron y seguramente más espiritual y elevada.

Cuanto los hombres más se alejaban de su origen, más olvidaron sus relaciones primitivas con su Dios Creador, Único y Soberano, corrompiendo al consonante su Culto primitivo. Fué la Humanidad en su origen Monoteísta, sólo después de los tiempos se estableció en la tierra el Culto de muchos dioses.

Pero dejando sentadas las anteriores afirmaciones que se apoyan en la fe y que como sacerdote vengo obligado a proclamar y defender; ahora voy a hablar el lenguaje de la ciencia, que como sucede siempre, que se la busca con miras levantadas, viene también en apoyo de la fe.

Y afirmo; que puedo aducir algunas pruebas en favor de la Religiosidad y Culto en las épocas del paleolítico inferior; que tienen, por lo menos, la misma fuerza que las pinturas rupestres suministran a los defensores de la Religiosidad de los hombres posteriores.

Hemos visto y estudiado el objeto descubierto en la gravera del Sr. Duplá; objeto de forma humana en sílex, aunque toscamente labrado. ¿Será tal objeto un idolo? Yo así lo supongo; y en este caso tendría derecho a afirmar la existencia del Culto, y menos rastreado y bajo que el de los hombres sucesivos que practicaban la Zoolatría y daban culto a los animales; mientras que los más antiguos daban culto a los hombres.

Y no es esto sólo: Dice Dechelette en el "Manual de Arqueología Prehistórica", tomo primero, página 608. "El culto del hacha ha desempeñado un papel interesante desde las edades primitivas de la Humanidad, tanto en Oriente como en Occidente... En la Francia Prehistórica la importancia de este instrumento, como amuleto o fetiche, se ha puesto actualmente en evidencia, al hallar presentes en ciertas sepulturas, pequeñas hachas de piedra pulida taladradas, o con un agujero, que servía para la suspensión de las mismas."

Esto se refiere, es cierto, al Neolítico o edad de la piedra pulida; pero nos dice el autor citado: que el culto del hacha desempeñó un papel importante desde las edades primitivas de la humanidad. Ahora bien, si el orificio de las hachas neolíticas hace relación al culto, y el culto de las hachas ya es de los orígenes de la humanidad, al encontrar hachas con orificios en el paleolítico inferior, no las podemos atribuir a las prácticas religiosas y rituales de los tiempos a que corresponden?

Ocurre preguntar: ¿Cómo se conseguía en aquellas épocas perforar el sílex, siendo tan reducidos los medios de que se podía disponer? ¿No habrá sido la perforación obra de la naturaleza? En todos los casos, no lo puedo admitir; es cierto, que la descomposición de cuerpos extraños, interpuestos durante la época de formación dentro de los nódulos de sílex, ha dado origen muchas veces, a ciertos orificios, que aparecen en diferentes piezas de pedernal; es más, creo que algunas de ellas pudieron ser utilizadas para tallar las hachas perforadoras; a pesar de que ofrecía gran dificultad la adaptación de la talla al orificio, para que éste quedase en sitio adecuado a las intenciones del artífice.

Estanislao Menier, en la Paleontología Práctica, dice: "Una multitud de conchas llamadas litófagos y ciertos erizos de mar perforan las piedras más duras". Me resisto a creer, que la acción de estos moluscos pueda ser eficaz en el cuarzo; toda vez que su energía es debida, indudablemente, más que a la dureza de sus instrumentos perforadores, a la secreción de ciertos jugos, que contienen ácido sulfúrico, tan activo sobre todas las sustancias calcáreas, pero por completo inofensivo para las silíceas, resistentes a todos los ácidos, excepción hecha del fluorídrico, el cual, hasta el presente, no se conoce en los seres organizados.

La dureza del cuarzo, que es en la *Escala* de Mohs, del número siete, puede ser dominada por los cuerpos contenidos en los tres grados superiores; tales como el Topacio, el Corindon en sus innumerables variedades como el Zafiro y Esmeril, y sobre todo el Diamante. Con cualquiera de estos cuerpos es fácil horadar el cuarzo; y con algunos de ellos fueron agujereadas, si no todas, la mayor parte de las hachas encontradas en los montes de Torrero.

Esto prueba, que en Aragón se conocieron algunos de estos cuerpos desde remotísima fecha; existe el hecho: en nuestro paleolítico inferior aparecen hachas de sílex horadadas intencionadamente por el hombre; luego el hombre conoció cuerpos más duros que el cuarzo, y de ellos se sirvió para la perforación de sus hachas votivas o culturales.

Una felicísima coincidencia robustece con nuevo argumento esta afirmación. En estos mismos días, cuando ya teníamos terminada nuestra Memoria, nos ha remitido el benemérito correspondiente D. Rafael Gudel, un precioso objeto encontrado por él en el "Monte Alto" de Sena (Huesca). Es una lasca de pedernal, o sílex negruzco, de factura, al parecer, magdalenense, de forma casi ovalada; dimensiones cincuenta y dos milímetros por cuarenta, con un ligero retoque en uno de los bordes. Conserva parte de la corteza de uno de los lados; en el opuesto, encima del conoide de percusión, tiene grabada la figura de un pez, hecha admirablemente y con una perfección tan acabada, como se pueda pedir al mejor artista; se perciben las aletas dorsal y ventral, el ojo y la boca.

El instrumento con que se hizo la incisión, debió de ser de una dureza extremada; toda vez que no aparecen en el dibujo ni vacilaciones, ni enmiendas o correcciones, sino que, por el contrario, manifiesta la soltura y facilidad admirables del Autor. Es de tal interés este descubrimiento, y de tan gran valor científico el objeto, que lo considero como la pieza más importante que hoy posee el Museo, en orden a la Prehistoria; y consigno la gratitud que debemos al Sr. Gudel, que nos lo ha proporcionado.

Ha llegado el momento de manifestar la importancia de mis últimos hallazgos, que consisten, no en una o dos hachas con orificio, sino que he encontrado en la gravera del Sr. Duplá hasta siete hachas horadadas; mi entrañable amigo el R. P. Longino Navas, en una expedición que hizo en mi compañía, encontró una en las proximidades de la

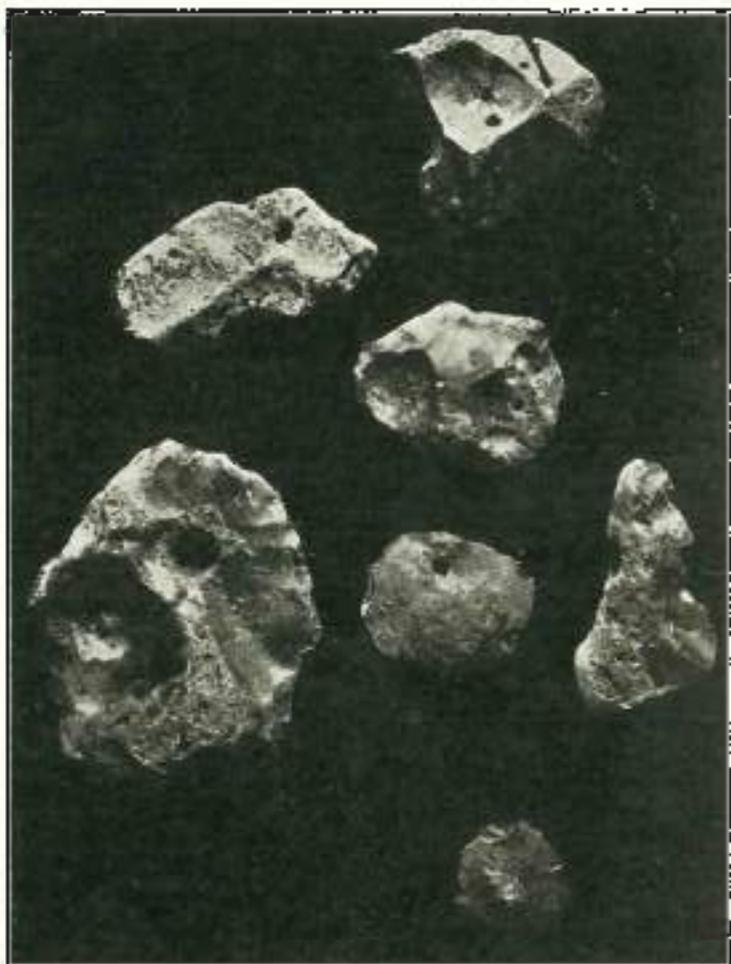
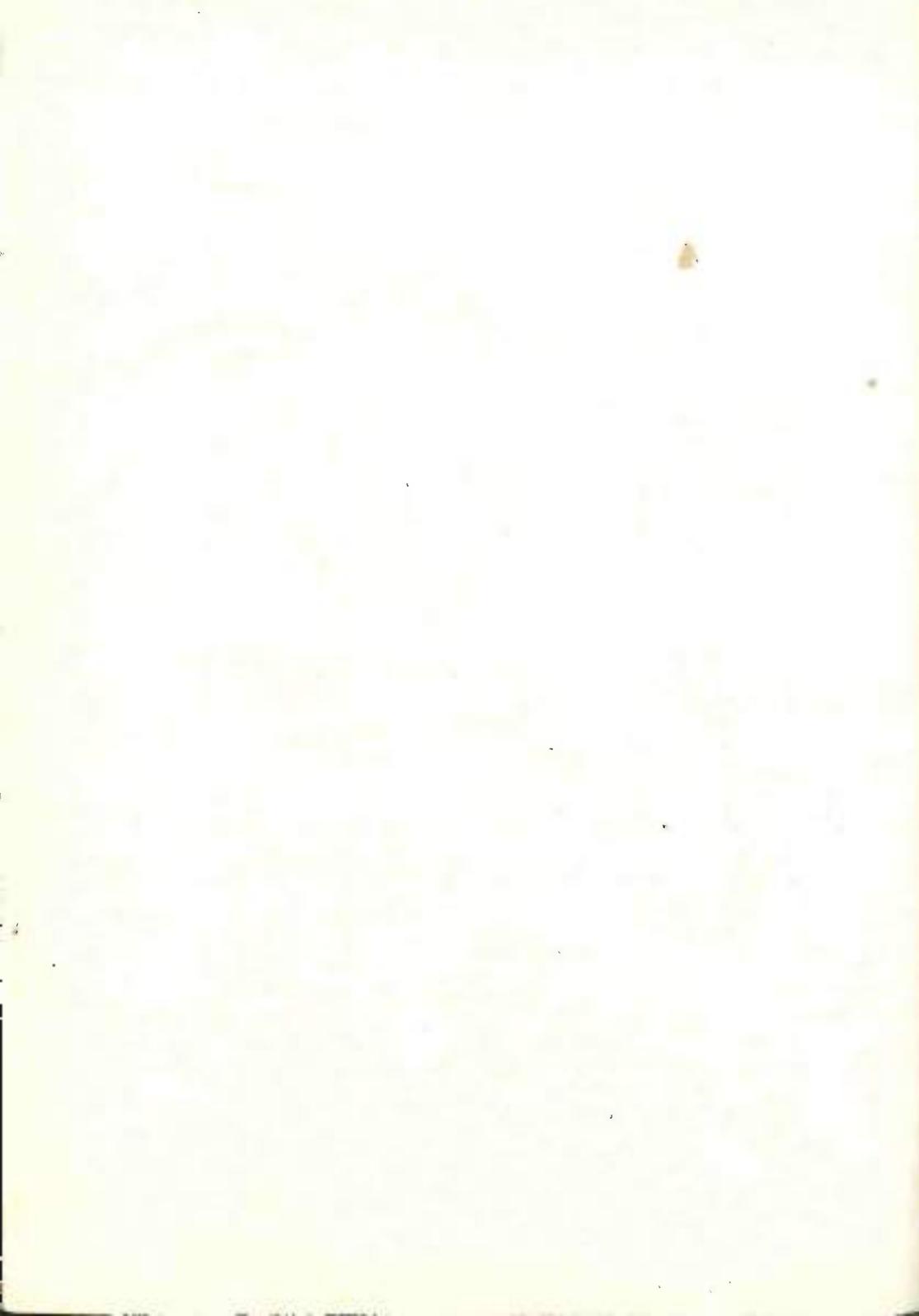


Рис. 1. Скалы, обломки и осколки перекристаллизованной гонимы. Периоды: 1 - 1, 2 - 2, 3 - 3, 4 - 4, 5 - 5, 6 - 6, 7 - 7.



mencionada gravera; y nuestro erudito compañero de Academia, D. Hilarión Gimeno, un disquito musteriense, en las graveras del Cabezo de Buenavista; total nueve.

De estas nueve hachas horadadas, por lo menos seis tienen una factura, que acusa la técnica del acheulense y son:

a) Una grande hacha discoidal de trece centímetros de diámetro y setecientos cincuenta gramos de peso; es la mayor de todas, su factura es la propia del acheulense muy marcadamente.

b) Hacha amigdaloides con hermosa talla bifacial, corte recto con retoques y señales de uso por la punta; el orificio, en la base; de ocho centímetros de longitud.

c y d) Dos hachas triangulares, talla bifacial, un poco mayores que la anteriormente descrita.

e) Hacha lanceolada, de diez centímetros, talla por ambas caras, conserva en el talón y en la cara convexa la corteza, el orificio lo lleva en el centro del talón.

f) Hacha amigdaloides de tosca hechura, gran pátina aporcelanada y con tres orificios en el talón, pero no traspasan a la otra cara y se comunican entre sí.

Las tres restantes son, a mi juicio, de industria musteriense; la primera es una raedera ovalada con retoques en todos los bordes; la segunda, una hacha fina de cuarzo, a manera de ágata, que seguramente fué enmangada, es un poco curva en el primer tercio de su longitud, estrecha y larga, de once centímetros, con muestras de utilización; finalmente el disquito encontrado por el Sr. Gimeno, con diminuto orificio en la parte opuesta al saliente, que indica las señales de uso.

Si tenemos en cuenta el modo de vivir de aquellos hombres tan remotos, al aire libre, sobre los movedizos terrenos de aluvión, sin habitar en cuevas o grutas; no podemos aspirar a mayores señales que acusen sus costumbres y, sobre todo a mayores pruebas de su religiosidad. Las que acabamos de describir, para mí y lo mismo para todo investigador de buena fe, como no sueñe en dar arraigo a sus elucubraciones con argumentos sin base; máxime cuando tan clara está la Revelación; son de todo punto suficientes para conocer y afirmar que el hombre fué siempre inteligente; que tuvo idea de algo superior a los sentidos; y que practicó alguna Religión, aunque por desgracia olvidara sus tradiciones primitivas, a causa de su ruina espiritual y material, motivada por la caída de la ex-

traordinaria altura en que la bondad inefable de su Infinito y Eterno Creador le había colocado.

VIII

Conclusión

Antes de terminar hemos de decir que el rico y variado material de sílex, del cual están formados, todos, absolutamente todos los objetos descritos, procede en su mayor parte de los yacimientos cuarzosos tan abundantes, situados en el término de Jaulín, entre este pueblo y el de Fuentetodos.

Los inmensos depósitos de aluvión que constituyen los asientos estudiados fueron formados por los arrastres de las grandes inundaciones del río Huerva en las épocas del deshielo de los mayores glaciares; así se desprende del estudio estratigráfico del terreno y del de los materiales que los integran.

Ocurre preguntar, ¿qué ha sido de la fauna y flora de aquellos tiempos; de los restos fósiles de aquellas razas? En estas ingentes masas de tierras y piedras movedizas agitadas durante tanto tiempo por las violentas sacudidas de corrientes gigantescas encontradas, como eran las del Huerva por un lado, por el centro la del Ebro; por la parte opuesta las del Gállego, y por su flanco las del Jalón; no podía, en manera alguna, suceder que los inconsistentes restos de origen orgánicos se conservasen inmunes.

Y como si esto fuera poco para explicar su desaparición, tenemos otro agente poderoso; las lexicviadas filtraciones calcáreas, tan activas, sobre todo producto orgánico, que tan copiosas fueron siempre en estos yacimientos. Hoy mismo obra eficazmente este elemento destructor en los cadáveres que se sepultan en el actual cementerio. ¿Y quién sabe si a mayores profundidades de las estudiadas se podrán encontrar?

Resumiendo todo lo dicho en esta desaliñada memoria, hemos de dejar sentado:

- 1.º Que el hombre vino muy pronto al solar Cesar-Augustano.
- 2.º Que habitó preferentemente en las tres grandes terrazas de aluvión formadas en las épocas interglaciares por los arrastres de las avenidas del Huerva.
- 3.º Que en estos asientos primitivos dejó las huellas

de su industria riquísima y variada; los vestigios de su Arte primitivo y las pruebas de su religiosidad.

Réstame brindar a la juventud estudiosa la ocasión de verse coronada con lauros de brillantez indiscutible, sirviendo a la vez de honor y gloria a nuestra querida Patria. Inexplorados filones, ricos horizontes se ofrecen al investigador diligente; a donde quiera que dirija sus pasos por todo el territorio aragonés, si busca de modo razonable, encontrará, según la frase de los citados extranjeros.

Aparte del yacimiento musteriense de Albalate del Arzobispo que ya he publicado en otra ocasión; en la actualidad tengo en estudio uno Acheulense en los aluviones del Regallo de Alcañiz; otro Musteriense en las proximidades del Puyágalo del mismo término; otro Solutrense, en Castelserás, del cual adelanto la presentación de una preciosa punta, hoja de laurel, encontrada por mi apreciado amigo don David Gascón, propietario y ex alcalde de dicha villa; un inmenso taller paleolítico de industria en sílex variadísima y abundante, de la cual puede servir de ejemplo una daga tan original como bien construida; una multitud de yacimientos magdalenenses situados al abrigo de cordones de rocas adornadas en sus cimas con las características cazoletas, o signos ógmicos. En suma, mucho, muchísimo y muy bueno; ánimo, pues, juventud briosa; lanzaos por estos inexplorados caminos; os prometo a cambio, satisfacciones legítimas, goces inocentes, deliciosas ocupaciones y... gasto de muchísimas pesetas, porque hay que decirlo para no engañar: este juguete es muy caro, sobre todo en esta descastada tierra, en la que tan poco se ayuda al que trabaja por su gloria.

Con el propósito de que mis desvelos y fatigas y los dispendios ocasionados por los trabajos de exploración y cava no se malogren ni tampoco los felicísimos hallazgos que la bondadosa Providencia ha puesto en mis manos, con la venia del Patronato del Museo, me propongo instalar en las vitrinas una rica variedad de objetos prehistóricos, que a la vez perpetuarán el testimonio de la gratitud mía a la Corporación que ha tenido la amabilísima delicadeza de abrirme las puertas de esta casa, a pesar de mi insignificancia y pequeñez.

CONTESTACIÓN

al anterior discurso por don Hilarión Jimeno
Fernández-Vizarra.

EXCMO. SR.:

SEÑORAS Y SEÑORES:

La Real Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luis, puede hoy mostrarse ufana y satisfecha, recibiendo en su seno al doctor D. Vicente Bardaviu y Ponz, benemérito aragonés y sacerdote ejemplar, que dedicando su vida a la mayor honra y gloria de Dios; todavía dispuso de tiempo para espaciar su ánimo en las florestas de la Literatura, y profundizar con superior criterio, en las trascendentales cuestiones que con sus progresos plantean al presente la Prehistoria y la Arqueología.

Ejerciendo el profesorado en el Seminario Conciliar de Zaragoza; al finalizar el siglo XIX cultivó el estudio de los clásicos latinos y griegos. En un tomo de 400 páginas bosquejó después, todo un programa de literatura española y queriendo rendir más tarde el homenaje de sus entusiasmos a las producciones de los escritores regnicolas, comentó la vida y obras del insigne Fray Diego Murillo, en el hermoso discurso que leyó al inaugurar las tareas escolares comenzadas el año 1901 en el ya referido centro de enseñanza.

El deseo de saber y sus aficiones y gustos bibliográficos fueron poco a poco nutriendo la biblioteca que en la actualidad posee, rivalizando con las más copiosas entre las formadas por particulares, y con su amor a Dios, a la Literatura y a la Ciencia y en compañía de sus libros, cuando nuestro eminentísimo Prelado estimó conveniente que se hiciese cargo de una de las parroquias de la Diócesis, fué como plebano a Albalate del Arzobispo, donde a la vez que supo dar reiteradas pruebas de su labor evangélica reveló sus aptitudes de historiador y arqueólogo, al dar a luz la descripción de la villa aragonesa encomendada a su celo. Allí fué donde oriculado por las obras más autorizadas en la materia y poniendo en práctica los procedimientos de comprobación más pacientes, dedicando a nuevas investigaciones ratos hurtados al reposo, consultando archivos, interpretando códices y explorando las cercanías y los términos de su parroquia, haciendo excavaciones premiadas

con felices hallazgos, clasificando éstos y deduciendo de la acopiado, en labor tan penosa; cuál pudiera ser el verdadero origen de la población estudiada, todo lo realizó el señor Bardaviu durante su estancia en Albalate del Arzobispo, cuando muchos creíamos al verle partir convaleciente todavía de gravísima enfermedad, que su quebrantada naturaleza necesitaba de un sosiego intelectual casi absoluto.

Pero lo quiso Dios y el milagro se hizo.

Meses más tarde le volvimos a ver entre nosotros al hacerse cargo, ya completamente restablecido, de la parroquia de San Miguel de los Navarros, y lo primero que nos dijo, fué, que con sus fervores de siempre y con sus libros, traía a Zaragoza valiosa colección de objetos prehistóricos reunida por él durante sus peregrinaciones naturalistas por los cerros y collados del término de Albalate, explorados bajo su dirección, a sus expensas y con no pocos sacrificios.

Después, las vacaciones que los sagrados Cánones conceden a los párrocos, las siguió dedicando a continuar la obra comenzada, y además de los documentos y datos reunidos para completar la historia de Alcañiz, ciudad que le vió nacer, aún le sobran ánimos para emprender nuevas exploraciones por la provincia de Teruel, hasta llegar a descubrir la situación de diferentes estaciones prehistóricas, determinando por la naturaleza, condición y caracteres de los restos encontrados en ellas, a qué edades correspondían los hombres que primeramente las ocuparon.

En folleto que ha merecido ser comentado con aplauso por las autoridades en la materia, dió cuenta el año 1918 de la situación y antigüedad de los poblados hoy desiertos que se advierten en los términos de Albalate, Urrea de Gaén, Segura de Aragón, y otros pueblos del partido de Híjar, y el discurso que acabáis de oír con tan unánime beneplácito, dedicado por entero a fijar la época en que vivieron en Zaragoza sus primitivos pobladores, evidencia los entusiasmos del doctor Bardaviu y su deseo de contribuir al enaltecimiento de la ciencia española.

Fuera pecado imperdonable en mí, que sólo por la lectura de algunos libros he llegado a aficionarme a tales estudios, que pretendiese comentar las afirmaciones del señor Bardaviu, tan valientemente expuestas en su trabajo. Seguramente que, como sus anteriores producciones, será esta última aquilatada por la crítica serena, que habrá de

estimarla en todo su alcance y significación y sólo me resta, al llegar a este punto, felicitar a su autor por la meritísima labor que viene realizando, ofreciéndole en nombre de la Real Academia de San Luis la expresión de su gratitud, por el valioso donativo que prepara con destino a nuestro Museo provincial.

Es la arqueología prehistórica el último brote aparecido en el árbol frondoso de las ciencias de la Naturaleza, pues aunque es cierto que a comienzos del siglo xix se vislumbraron ya los primeros materiales dignos de su estudio, hasta que la Geología no llegó a explicar la formación de la corteza terrestre y los fenómenos que en ella se realizaron, y la Paleontología no reconoció los seres organizados que vivieron en ella, diferenciando las distintas épocas: mientras la Antropología y la Etnografía no fijaron los caracteres y costumbres de las distintas razas humanas, mal se pudieron apreciar en su verdadera significación las antigüedades predecesoras a toda documentación histórica.

A flor de tierra algunas veces, y por lo general sepultados entre las gravas de los aluviones cuaternarios, u ocultos en cavernas y cuevas que fueron las primeras habitaciones del hombre, llegaron hasta nosotros, resistiendo la acción destructora de los siglos, los restos que las generaciones primitivas nos legaron como testimonios de su existencia.

En ocasiones sucedió, que las operaciones agrícolas o los trabajos de construcción los pusieron de manifiesto consiguiendo cuando más fijar la mirada del curioso, pero en la mayoría de los casos su descubrimiento sirvió únicamente, para que fuesen destruidos con más facilidad por la ignorancia o el abandono.

Los sabios que hoy los estudian, ponen especial cuidado en recoger las noticias que los antiguos nos transmitieron referentes a los hallazgos más o menos casuales de las tales reliquias, procurando reflejar las opiniones emitidas en cada época, cuando intentaban explicar lo que aquéllos pudieran ser.

Quizás la referencia más antigua que tengamos entre nosotros sobre la materia sea la que aparece en la *Crónica general de España y especialmente del reino de Valencia...* escrita en calalán por el doctor *Pero Anton de Beuter*, pu-

blicada el año 1538, traducida al castellano en 1546 y reimpressa tercera vez por Pedro Patricio Mey en 1604.

La sacó del olvido primeramente en 1776 D. Joaquín Marín y Mendoza en su *Historia de la Milicia española*; aprovecharon de ella los señores Vilanova y Tubino al referir su viaje científico a Dinamarca y Suecia; indicando el capítulo y folio de la edición de Beuter, la utilizó para argumentar sus juicios, D. Marcelino Menéndez Pelayo, en el tomo primero de la segunda edición de la *Historia de los Heterodoxos españoles*, y lo mismo aparece en la obra titulada *El arte rupestre en España* publicada recientemente, y lo transcrito por todos dice así:

Ahora, en el año del Señor de 1534 cerca de Fuentes, a media legua de Cariñena en Aragón, donde está un monasterio de cartujos, se ha hallado en un campo de montes de tierra, cavando por otra ocasión, que estaba poco debajo de tierra, gran multitud de huesos grandes y de armas hechas de pedernal, a manera de hierros de saetas y de lanzas y como cuchillos a manera de medias espadas y muchas calaveras atravesadas de aquellas piedras como hierros de lanzas y saetas.

El texto es curiosísimo, interesa a nuestra región y demuestra sobre todo que ya en el primer tercio del siglo XVI, hubo en España quien comprendió el destino de las hachas de piedra, puntas de flecha y hojas de pedernal, fijándose además en el fenómeno de la perforación de los cráneos.

La relación del cronista sin embargo, cuando la leímos por primera vez nos confundió un poco, pues como zaragozanos sabíamos que Fuentes no está cerca de Cariñena, ni jamás existió por aquellas proximidades Cartuja alguna, y pensando que un error de copia podía esclarecer lo que resultaba para nosotros incomprensible, gracias a la amabilidad de nuestro querido amigo D. Eduardo Sáinz, que franquea gustoso su biblioteca a cuantos la pueden necesitar, cotejamos en la tercera edición de la obra de Beuter el texto a que venimos refiriéndonos, encontrando en su página 116 las mismísimas palabras trascritas, pero precedidas de otras que aclaran por completo la cuestión, según nuestro entender, pues tratando de demostrar la situación de un poblado de la antigüedad, comienza diciendo Beuter:

"Por esta moneda oscense, parece que la villa de Illurgí, destruida, que tan rica estaba, no debía estar lejos de Huesca", que agora en el año del Señor, etc.

Restablecido el texto en su integridad, se soluciona fácilmente el problema. Por equivocación o errata de imprenta, sustituyó una C a una S, y en vez de *Sarriñena*, provincia de Huesca, se imprimió *Cariñena* y el descubrimiento referido por Beuter debió realizarse en las cercanías de la Cartuja de las Fuentes, fundada, en 1507, por D. Blasco de Alagón y D.^a Beatriz de Luna, Condes de Sástago, previas las licencias necesarias del Rey Católico y el Arzobispo de Zaragoza.

Y bien sabe Dios que al tratar de dilucidar el asunto, no me inspiró el deseo de enmendar la plana a los escritores citados, para los que guardo todos mis respetos. He querido, únicamente, impedir que por tan interesante recuerdo, se lleven a cabo, oficial o particularmente, exploraciones, que en terreno inapropiado resultarían estériles.

Alcanza en nuestros días la Arqueología prehistórica tal desarrollo y a él se ha sumado España con labor tan notoria, que sorprenden, no sólo los trabajos llevados a cabo por las entidades oficiales, sino las meritisimas exploraciones realizadas por particulares, deseosos de contribuir al adelantamiento de esta moderna rama de los conocimientos humanos.

Con perseverante solicitud se han reconocido en yacimientos diversos las variadas manifestaciones de las edades paleolítica y neolítica, la transitoria del cobre, la del bronce y la protosidúrica. Y la piedra tallada, la pulida, el hueso grabado, los restos animales y humanos, las cavernas, dolmenes y menhieres, las pinturas rupestres, la cerámica y hasta las piedras pintadas, todo se examina, se estudia, relaciona y cataloga hoy, por métodos verdaderamente científicos.

En semejante empresa, y como colaboradores de ella, podemos citar a españoles cuyos nombres serán inmortales en los fastos de la Ciencia, pues si tanto ha merecido Boucher de Perthes, por haber iniciado en Francia estos estudios, cultivados y desarrollados después por *Mortillet*, *Catarilhac*, *Breuil*, *Obermaier*, *Dechelette* y tantos otros, al santanderino D. Marcelino de Sautuola se debe haber revelado al mundo el interés artístico y documental de las pinturas parietales descubiertas por él en la célebre cueva de Allamira.

Los dos hubieron de sufrir parecidos desdenes; los dos

ofrecieron a las corporaciones oficiales las primicias de sus descubrimientos entre la indiferencia de los más, y aunque es cierto que los dos gustaron las amarguras de no ser comprendidos a su debido tiempo, para los dos guarda la Ciencia laureles inmortales.

Y lugar preferente ocuparán en ella *D. Casiano del Prado*, *D. Eduardo Saavedra*, *D. Juan Vilanova*, *Alcalde del Río*, el *Marqués de Cerralbo*, *José R. de Mélida* y muchos más que honran a España con sus trabajos y publicaciones.

Si mis opiniones pudiesen contribuir de algún modo a encarecer las investigaciones realizadas por el Sr. Bardaviu, hasta descubrir los yacimientos *chelense* y *musteriense* en el monte de Torrero, atalaya dominadora de Zaragoza y a donde van a parar los suyos

“*Cuando mejor van pensado*”,

sin más que sumar mis opiniones a las suyas, lograría salvar mi nombre del bien ganado olvido.

Todos habéis apreciado en su original trabajo, el alcance que en el orden religioso y científico pueden tener sus principales conclusiones.

Argumentando una de ellas os recordaré, si por tan sabido lo tenéis olvidado, que allá por el año 1870, realizó el alemán *Enrique Schlieman*, profundas excavaciones en los Dardanelos, donde presumió que debía encontrarse la Troya leyendaria de Eneas, que llegó a descubrir bajo la ciudad griega de Ilión, hasta seis ciudades superpuestas, y que al aparecer la inferior, vino a confirmar en un todo la tradición homérica.

A los trabajos que realizó más tarde en *Micenas* y en *Tirinto*, con asombrosos resultados para la Arqueología, siguieron en 1900 los llevados a término en la isla de Creta, por el sabio profesor Arturo Evans, de la Universidad de Oxford, el cual desescombró, en Gnosos, el antiquísimo palacio donde la leyenda griega hizo imperar al rey *Minos*.

Llamóse dicha mansión el *Laberinto*, vocablo que significó en su origen “Palacio del Hacha”, porque, según Evans, la palabra *labrys*, en una de las lenguas asiáticas, quería decir *hacha*; y en efecto, en todas las paredes de aquella laberíntica y suntuosa residencia, aparecieron grabadas multitud de hachas como símbolos religiosos de edades remotas. Que antes de ellas se revelaron los albores del arte, lo demuestra con irrefutable argumentación el magnífico sílex grabado que, procedente de Sena, figura

desde hace poco en nuestro Museo provincial, constituyendo su obra artística más antigua.

Convenid conmigo que jamás han podido repetirse con más oportunidad las palabras del Roucher de Perthes:

No desdeñemos—escribió, enardecido por sus entusiasmos, el célebre descubridor de las hachas de sílex—estos primeros ensayos artísticos de nuestros antepasados; no les demos despreciativamente con el pie. Si no los hubiesen hecho y no hubieren perseverado en sus esfuerzos, no poseeríamos ni nuestras ciudades, ni nuestros palacios, ni esas obras maestras que en ellos se admiran. El primero que golpeó una piedra contra otra para darle forma determinada, dió al mismo tiempo el primer golpe de cincel que formó la Minerva y todos los mármoles del Partenon.

Y ahora historiemos algo que enaltece a los nuestros.

El 21 de Marzo de 1868, celebraba sesión ordinaria la Comisión de Monumentos artísticos de Zaragoza, que poco a poco y salvando obstáculos que parecían insuperables, había conseguido dar alientos de vida a nuestro actual Museo provincial.

Concurrían a la Junta, presidida por el insigne *D. Jerónimo Borao*, los señores *Huici, Arbiol, Atienza, Pescador, Lopez, Gil, Zapater, Montañés* y *Savirón*, y después de despachar los asuntos señalados en la orden del día, consta en el acta que usó de la palabra el Sr. *D. Pablo Gil y Gil*, para manifestar a los reunidos que si la Comisión tenía medios de ayudarle con algunos fondos, en el verano próximo, podía adquirir gran número de objetos *celtibéricos*, semejantes a los reproducidos en las fotografías que tenía el gusto de presentar; advirtiéndole que eran tantos, que con ellos solamente podía formarse el más grande y escogido museo y que para llevar a cabo semejante empresa, ofrecía contribuir, por su parte, con desinteresados trabajos, antes de dar noticia alguna a los centros oficiales.

Interpretando la presidencia el sentimiento unánime de los reunidos, aplaudió la proposición formulada, y suplicó a su autor la reprodujese en la sesión inmediata para poderla resolver según el deseo de todos.

Cinco días más tarde, volvía a congregarse la Comisión y después de reiterar el Sr. *Gil* sus ofrecimientos, se acordó prestarle los auxilios necesarios para conseguir lo que ya se anhelaba poseer con destino al Museo de Zaragoza.

Vientos de fronda presagiaban por entonces la revolución que se avecinaba, y no sé la clase de auxilios que prestó el Estado a semejante empresa, pero puedo garantizar que hasta 1872, cumplió sus compromisos la Comisión que velaba por nuestra pitiscoteca.

Y lo que ocurría entonces era que el ilustre catedrático de la Universidad de Zaragoza, conservador a la vez de nuestro Museo, había reconocido el año anterior, en el Cabezo llamado de Alcalá, próximo a Azaila (Teruel), una estación desierta, que desenterrada en parte, puso de manifiesto interesantísimos vestigios de pasadas edades.

La labor científica de D. Pablo Gil, debió ser intensa por aquellos años. Para aspirar al grado de Doctor, escribió una Memoria estudiando la *geografía de España, sus conventos jurídicos, sus colonias y municipios, durante la dominación romana*, impresa el año 1862, y según consta en ella exploró una buena parte de las comarcas aragonesas, adquiriendo para sus estudios predilectos varidísima documentación arqueológica, y sus conocimientos en la materia alcanzaron tal crédito, que todo lo que se descubría en tierra de Aragón, era sometido al juicio autorizado del renombrado maestro.

Iniciándose por entonces en España semejantes estudios, D. Pablo Gil, anticipándose a muchos, llegó a conocer la Arqueología de nuestra región como pocos. Lástima que en su anhelo de ampliar o rectificar tal o cual dato, no fuese todo lo pródiga que pudo ser su pluma; pues un *Discurso* de apertura de nuestras tareas universitarias y su *Colección de textos aljamiados*, es lo que principalmente nos queda de su producción literaria.

Un hecho verdaderamente inesperado vino a enriquecer sus ya nutridas colecciones. Al hacerse en Almonacid de la Sierra obras de reparación en un caserón antiguo, cedió el suelo de una de sus estancias, tabicada durante varios siglos, y al fallarle apoyo, descendió entre escombros toda una biblioteca de códices musulmanes.

Tan pronto como tuvo referencias, D. Pablo, del suceso, procuró adquirir los preciados manuscritos, con los que pudo saciar los anhelos de investigación de su compañero, el insigne D. Francisco Cordera, y más tarde los de sus discípulos D. Julián Rivera y D. Miguel Asín, meritísimos catedráticos, actualmente, de la Universidad central.

De las excavaciones dirigidas por él en Azaila (Teruel),

procede la rarísima colección de vasos ibéricos, que conservó con especial cuidado nuestro Museo y que cuando pudo exponerse al público, fué pronto ensalzada por arqueólogos españoles, que los estimaron desde el primer momento como representación de un arte indígena, digno de ser estudiado con detenimiento. (Melida, D. José R.)

Y mientras que en Zaragoza se trataba con desdenes a su Museo siempre que venía al caso, hasta en letras de molde, visitábalo algún especialista extranjero deseoso de conocer la colección cerámica a que nos referimos; otros creyeron formar idea de ella por algunas fototipias con que los Sres. Gascón de Gotor ilustraron su *Zaragoza monumental*, o por los diseños de nuestro compañero Sr. D. Carlos Palao, aparecidos en la obra de Mr. París, que propagó por Europa los vasos de la Azaila, imaginando ver en ellos influencias micénicas. Furtvvaengler, Perrot, Reinach, Rozaud y Pijoan, sostuvieron idéntica tesis, que llegó a ser admitida, aunque con ciertos reparos, por el mismo Evans, al decir del Sr. Bosch y Gimpera, pero los descubrimientos realizados con posterioridad en distintas regiones de España, permiten hoy estimarlos como genuinamente ibéricos, sin relación alguna con los hallados en Grecia por Schlieman.

La importancia arqueológica de la cuestión, aconsejó a la Junta de investigaciones científicas, desenterrar por completo el poblado desierto de la Azaila, que hace más de cincuenta años exploró por vez primera D. Pablo Gil y Gil, con ayuda de nuestro Museo. En el pasado mes de Mayo han comenzado las nuevas excavaciones bajo la inteligente dirección del Comisario oficial de exploraciones, Sr. D. Juan Cabré y Aguilo (1), y ya en dicha campaña, según me consta oficiosamente, han podido recogerse interesantísimos hallazgos.

Diré, para terminar, que hace pocos años el *Instituto de estudios catalanes*, que olvida su regionalismo cuando puede privar a las demás regiones de cuantas obras artísticas le interesan y puede conseguir por dinero, logró hacerse con la colección particular que el Sr. Gil conservó en

(1) Con la colaboración de D. Lorenzo Pérez Temprado.

su poder mientras Dios le dió vida, y hoy aún se dice, en lengua catalana, por supuesto, que fan interesante cerámica procede de la *Zaida*, y así se escribe la Historia.

Y creo haber terminado mi misión. Que me perdonen la Academia y el Sr. Bardaviu, si mi labor no ha correspondido a sus merecimientos; y a vosotros que me habéis escuchado con tanta benevolencia, os diré lo que los niños que tratan de desenfadar a sus mayores:

Prometo no hacerlo más.

HE CONCLUIDO.

EL RETAL DE LENA



CRÓNICA DEL MUSEO

Ha ingresado en nuestro Museo una serie de tablas pintadas, procedentes de un antiguo retablo que servía de traspasar en la iglesia de Blesa.

Consta de los siguientes cuadros:

- 1.º Una subpredela con tres cabezas de profetas.
 - 2.º Una predela con los doce apóstoles.
 - 3.º Cuadro central de la Crucifixión.
 - 4.º Tablero de la Adoración de la Cruz.
 - 5.º Id. del Juicio final.
 - 6.º Id. de Jesús ante Pilato.
 - 7.º Id. de la Cruz a cuestas.
 - 8.º Id. del Descendimiento.
 - 9.º Id. de Santa Elena y los judíos.
 10. Id. de Santa Elena y el judío Giriaco.
 11. Id. de Santa Elena y Constantino?
 - 12 y 13. Dos ángeles con instrumentos de la Pasión.
 - 14, 15, 16 y 17. Restos de la pulsera con ángeles.
- La obra parece aragonesa y ejecutada en el último tercio del siglo xv.
- Nos ocuparemos de ella en el próximo número.
-
-